

PULPA

FLOR CANOSA

ERA 03

09:35

00/00/00

Novela

OBLOSHKA

PULPA

FLOR CANOSA

OBLOSHKA



Dirección editorial: Gastón Levin / Silvia Itkin

Diseño de tapa e interior: Donagh / Matulich,
sobre diseño de colección Estudio ZkySky
Imagen de portada: Freepik

© Flor Canosa, 2019

© Obloshka, 2019

ISBN: 978-987-46902-0-3

Impreso en Oportunidades S.A., Buenos Aires.
en el mes de enero de 2019.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Hecho el depósito que marca
la Ley 11.723

Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de
esta obra sin previo consentimiento del editor/autor

PARTE UNO

IRMA

«(...) hacer el amor es sentir su cuerpo que se cierra sobre sí, es finalmente existir fuera de toda utopía, con toda su densidad, entre las manos del otro. Bajo los dedos del otro que te recorren, todas las partes invisibles de tu cuerpo se ponen a existir, contra los labios del otro los tuyos se vuelven sensibles, delante de sus ojos semicerrados tu cara adquiere una certidumbre, hay una mirada finalmente para ver tus párpados cerrados. También el amor, como el espejo y como la muerte, apacigua la utopía de tu cuerpo, la hace callar, la calma, y la encierra como en una caja, la clausura y la sella. Por eso es un pariente tan próximo de la ilusión del espejo y de la amenaza de la muerte; y si a pesar de esas dos figuras peligrosas que lo rodean a uno le gusta tanto hacer el amor es porque, en el amor, el cuerpo está aquí.»

Michel Foucault. Conferencia
“El cuerpo utópico”, 1966

1

Tenía doce años cuando madre y yo nos mudamos a esa casa.

Las casas heredadas de abuelas son todas iguales en el imaginario popular. Las abuelas son mujeres que tuvieron algún hijo o hija con el cual se pelearon a muerte y terminaron no conociendo a sus nietos. Eso es lo que me explicó madre, porque tengo algunas dificultades con lo que se hace llamar parentescos. De esas historias siempre hubo muchas en mi familia. Dicen. La realidad es que la reproducción es una herramienta gubernamental de control, entonces no hay un vínculo emocional verdadero que nos una a los hijos que elegimos, si es que elegimos bien. Como animales evolucionados, no es una cuestión biológica. Algo en nuestra psiquis, no en nuestro cuerpo, es lo que nos hace rechazarnos. Es el instinto que no poseemos. Por algo ya no somos animales, aunque no comprenda por qué ya no lo somos si alguna vez lo fuimos, si los cuerpos tienen funcionamientos análogos. Bah, no me consta; que fuimos animales es sencillamente algo que me contaron. Al demostrarse y disponerse como verdad ineludible que no somos animales, el único instinto que nos queda es el sexual y justamente por eso está regulado. Es inconcebible que algún instinto nos pueda hacer perder el control. No somos animales. Dentro del mundo animal el incesto no es tabú, es algo natural. Debió el hombre venir a poner el cepo en aquel único instinto que no se perdió en la reformulación de la teoría de nuestros orígenes. Toda esta información me la repito a mí misma, ahora, en este cuarto cerrado, porque me cuesta retener la historia. Retengo las sensaciones. Entonces repito la data para que todo el *puzzle* se arme. Porque la inmovilidad, en los instantes en que no me son atravesados los otros sentidos y pierdo el control, pone la cabeza a repetir historias como si se tratase de listas. Pero eso ahora no importa, todavía es temprano.

En esta pequeña familia no nos llevamos. Nunca tuvimos el deseo de juntarnos, no pertenecemos a una manada. Mi familia es un conjunto de animales solitarios que acompañan a sus crías hasta que pueden sostenerse en sus patas y entonces las liberan a su suerte. Abuela lo hizo, madre también. Aunque no seamos animales.

Las casas heredadas de abuelas son, si las mirásemos a la distancia, como una sola que se multiplica como —en lo que dice madre que era— un cuento borgeano. De Borges, un autor que nadie tiene la certeza que haya existido o si fue una leyenda. Decía que la casa es húmeda, verdosa, abarrotada, con fórmica, con azulejos celestes, con naftalina, cubrecama de lana, telarañas unimembres. Se enrosca en sí misma, se mantiene fresca, se vuelve tórrida, se azucara. Pero es la misma casa repetida en todas las casas de abuelas, una sola abuela desmembrada entre todos los habitantes, como por orden superior. Lo vi en una foto. Una foto que mostraba cómo era la casa de una abuela. Tendrás una abuela y será así. Esta es tu vida, esta es tu abuela, en estos potes anaranjados se guardan las galletitas sintéticas.

Madre me contaba que en algún momento del pasado el trámite para hacerse de una casa familiar era mucho más engorroso. Implicaba la participación de personas que estudiaban para esos menesteres. Abogados, se llamaban. Escribanos, a veces. Antes de la revolución del ADN, claro. Antes de la revolución, el concepto de ADN hacía referencia sencillamente a la información genética de cada quien. En sus momentos más primitivos se usaba para resolver crímenes o para garantizar filiaciones. Parece una locura que fuese tan limitado. Parece mentira, pero la RACK lo cuenta: allí hablan de lo que el hombre antiguo hacía con el ADN, cómo lo consideraba mera información genética y narran su descubrimiento como un pequeño gran salto de la ciencia, sin imaginar su alcance actual. Ese dato es historia antigua. Está en la sección de curiosidades, de leyes extrañas, junto con otras leyes extrañas como aquellas que decían que estaba prohibido morir en el Parlamento inglés, bailar después de medianoche en Japón, que en un reino árabe un ginecólogo podía sólo revisar los genitales femeninos a través de un espejo, en Florida las mujeres solteras no podían saltar en paracaídas los días domingos, en Francia no se podía llamar Napoleón a un cerdo y en el mundo entero el ADN era una sencilla herramienta para identificar personas. Eso pasó hace muchos años, lo dije antes. Aparentemente no es que no supieran

cuáles eran los alcances del ADN, sino que se trataba de una estrategia gubernamental en connivencia con los medios de comunicación. Eso es más viejo que la historia, dice madre. Los medios hegemónicos que existían en el pasado —que ya se amalgamaron con las otras maneras de bajarnos data requerida— se volvieron la única manera que tenían gobiernos y contra-gobiernos de someter a las masas. No había un pensamiento único como ahora y cada región de este territorio sin nombre, apenas con número de serie, tenía sus propios reguladores políticos. Dicen que todavía existen otros territorios nominados que se dividen en países, no regiones, que son gobernados por medios analógicos, donde los habitantes pueden conocer el rostro de sus líderes, como era antes acá. El caos. Madre tiene muchas historias acerca de la época partidaria, pero no tuve demasiado interés en escucharla divagar. Me arrepiento ahora, pero ya no importa. Me arrepiento ahora en donde toda esa información sería útil y entretenida cuando todo está flotando en una extraña placenta hasta la próxima ola de sensaciones. No importa.

Decía que también en esa época existía la vieja internet (la WEB), lo que era el canal de conocimiento del pasado, antes de la RACK, que ya existe desde hace unos diez años.

Hay teorías diversas acerca del alojamiento de todo aquello que estaba en la WEB. En la RACK no hay que buscar demasiado, los conceptos están ordenados por ideas básicas, sin el esfuerzo de largas lecturas. Repaso todo eso mentalmente. Mi mente tiene la necesidad de detenerse en detalles burdos y conocidos. Pienso mucho en la WEB y en la RACK. En teoría la WEB era un espacio popular y democrático, donde la información se desperdigaba caóticamente, sin orden, sin contención, sin moderadores. Partidario, como la sociedad antigua. Podíamos encontrar porno, muerte, dibujos animados, recetas de cocina, series, cuadros, noticias, moldes de ropa, pareja. Sin solución de continuidad. Atendido por sus propios dueños. Cualquier persona tenía los permisos para subir cualquier foto o información, propia o ajena. Lo que me contaron es que la WEB se convirtió en un espacio tan enorme que hubo que eliminarla. Estaba a punto de desbordar, pero nadie sabía bien cómo sucedería eso. Si sería hacia adentro (de qué) o hacia afuera (de dónde). No es que la borraron directamente, simplemente la dejaron fuera del alcance de la gente. La volvieron fantasma. Fueron filtrando el contenido, en un trabajo de hormiga que implicó la contratación de una multitud de personas que

trabajaban en turnos de doce horas, hasta que se depuró. Eso sí, nadie reconoce haber hecho ese trabajo. No sé cuántos años llevó ese proceso ni comprendo cómo es que el gobierno antiguo puede haber dejado que la WEB creciera tanto, sin control. Dicen que hubo una llamada DEEP WEB, a través de la cual los incautos pensaban que podían sortear los contenidos básicos, de uso común, y encontrar aquellos datos que le eran vedados al resto. Dicen que esa DEEP WEB no era otra cosa que un mecanismo de control de los servicios de inteligencia, que subían contenidos supuestamente prohibidos con el fin de atraer a los buscadores. Dicen que los hackers, aquellos cerebros capaces de violar cualquier tipo de seguridad, nunca existieron. Las cosas no se hackean, las cosas se ponen a disposición por conveniencia. No sé, solían decirme muchas cosas en la infancia, cosas que captaba con los ojos enormes de curiosidad, sorpresa, pasmo, como si compartiésemos secretos que probablemente eran mentiras. Supongo que lo que sucedió con la WEB es lo mismo que ocurre con todas las proto-tecnologías. Creer o reventar. Pero si la WEB no fue eliminada por completo, quiere decir que está. Que todo ese contenido redundante y monstruoso tiene algún sitio de almacenamiento. Esas fueron mis primeras preguntas. Padre no quería responderlas, él se encontraba contento con el régimen y con las limitaciones. Su personalidad era la de pez en pecera, necesitaba un receptáculo limitado desde donde observar una panorámica de la vida que no fuese superior a 180 grados.

En realidad, estaba pensando en el ADN. Ahora ya no hace falta hacer ningún esfuerzo extra. Se recibe una notificación y el individuo puede tomar la casa sin papeleríos (como llamaban antaño a los trámites burocráticos). Claro, con un cruce de datos se demuestra el grado de parentesco y el mérito de herencia. Así de simple.

De todas formas, madre siempre me dice que esto del futuro es *bullshit*. Que la ciencia ficción históricamente se ocupó de convencernos de que en el futuro los autos volarían, todos vestiríamos con trajes pegados al cuerpo, usaríamos peinados extraños y maquillajes locos. Y no es así. Estamos igual que en 1990, aunque más solos, más tristes y con música asonante. Eso dice mamá. Dice que quizás sólo se avanzó en las cuestiones biológicas para distraernos de la verdad del proceso de vaciamiento ideológico al cual nos estaban sometiendo, pero yo no termino de entender cuáles son las ideologías que eran tan valiosas en el pasado, si en definitiva todos los males de la

Humanidad se debieron a esas diferencias; entonces madre chasqueaba la lengua —como siempre— y se sumía al silencio, quizás pensando en que se había quedado con la hija equivocada porque yo no la comprendía, quizás sabiendo a ciencia cierta que el gobierno había triunfado. Yo pensaba que todo se trataba de avances para evitar más procesos tecnológicos y la invención de nuevas máquinas donde la biología podía reemplazar otros artilugios. Pero, aun así, con la ingeniería de alimentos en auge, hay que matar vacas y cabras y cerdos y gallinas para que no se vuelvan plaga y, peor aún, los alimentos orgánicos de laboratorio de alta gama los consumen los ricos, o sea, no hay igualdad de oportunidades. Nosotros nos conformamos con una pasta que asume la forma de lo que debería ser, pero llena de vitaminas, nutrientes y mierdas semejantes. Dicen que la comida de los ricos sí tiene un sabor específico, no es el saborizante diluido que le colocan a la nuestra. Comida de astronautas, la llama madre. Y por allí andan los campesinos pobres matando animales como cuando éramos menos avanzados. Los matan y no los pulverizan, los matan y se los comen. Los cocinan con fuego hecho con ramas y carbón, no el fuego eléctrico que usamos nosotros. Disfrutan observando cómo se cuecen. Festejan por el aroma que lanza la carne chirriando sobre el fuego. Brindan con un líquido rojizo que los droga hasta la alegría o el sueño. Les quitan las vísceras a los animales y esas también se las comen. Ponen tripas rellenas entre dos panes. Se los comen. Un delirio. Se los comen obviando las advertencias que ya todos sabemos por repetidas una y mil veces en la prensa. Se los comen aunque esos animales lleven acumulados siglos de alimentación en base a soja transgénica y ya estén contaminados de sedimentos metálicos complejos. Nadie comprende a los pobres ni sus muertes. Hasta los doce años pensé que los pobres merecían cada dolor que sufrieran a causa de sus costumbres bárbaras. Luego cambié de idea y comprendí la esencia. La esencia de su resistencia y la esencia de las necesidades de sus cuerpos imperfectos y primitivos.

Todos estos años previos al momento de la suspensión, me enseñaron que lo primitivo es lo malo, que aquel que sea capaz de sumirse a las costumbres primarias y vivir en ese estado de precariedad, lleva un gen destructor que debe ser neutralizado. Por eso los campesinos viven huyendo. Por eso usan animales como transporte, alimento y vestimenta.

Antes de que madre tuviese que pulverizar a abuela me detuve a mirarla un

instante. Calculé que llevaba una semana muerta, día más o menos. Nunca había visto a abuela. Madre se distrajo buscando dinero y joyas en los armarios (que eran docenas) y me dejó a solas con el cadáver en la cocina. La vieja tenía una espumadera en la mano en el momento de morir y un delantal de cocina manchado y percutido, encima de su ropa también manchada y percutida. Del bolsillo del delantal de cocina asomaba un repasador, manchado y percutido. Toda la vieja estaba manchada y percutida, como noté apenas fijé la vista en sus manos, manchadas de vejez, percutidas de arrugas. La vieja tenía el cabello rosa, en un intento vano de conservar algún atisbo de cabellera roja. Rojos tenía los ojos, el blanco del ojo marcado por millones de venas derramadas que le daban un aspecto más allá de la muerte, la volvían un sujeto de análisis médico, de ilustración científica. Yo quería mirar esos ojos y encontrar algo de mí allí. Pero, *fuck*, en definitiva era mi abuela tanto como podía ser mi abuela una probeta, pero algo en esa vida vivida me llamaba a preguntarme sobre mi propia vida sin vivir. Abuela eligió a madre que me eligió a mí. Algún secreto ancestral debía haber tras esa cadena de ADN y decisiones. Sin embargo, en los ojos de la vieja no había más que sangre coagulada y un celeste de pupilas mutantes que la genética no consiguió filtrar en mi organismo. Podría yo tener hijos con ese azul celestial, por mero capricho biológico, pero para mis propias pupilas ya era tarde.

Entonces noté dos cosas. Dos cosas cercanas y las únicas a las que tuve acceso. Miré fijamente el brazo que sostenía la espumadera, la muñeca delgada y huesuda, marcada por cicatrices. No, no eran cicatrices de corte, de algún intento fallido de suicidio, no; eran cicatrices de roce. Algo que estuvo mucho tiempo clavándose en la carne. Yo tenía doce años, no podía comprender de qué se trataba y lo supe algunos años después. Eso no era un accidente porque la otra muñeca llevaba las mismas marcas, casi idénticas, como un *branding*. Y la otra cosa que noté, detectable en la mano libre, la mano que no aferraba la espumadera, eran pequeñísimas marcas redondeadas, orificios microscópicos, en cada dedo y en la palma. No seguían ningún patrón, eran como el resultado de alguien presionando muy fuerte sobre cientos de alfileres clavados en una madera o en un corcho, pero clavados aleatoriamente, sin orden, con horror vacui. No había puntitos de sangre. Estaban secas, cicatrizadas. No sé si ese era un resultado directo de la muerte o es que las marcas ya tenían un tiempo. Esas cosas estaban muy lejos de mi

comprensión y, de todas formas, no sentía que esas marcas pudiesen ser mortales.

Madre entró a la cocina con las manos cargadas de objetos, dejó todo sobre la mesa de fórmica, no sin antes tirar al suelo los restos de comida sintética que llevaban unos días solidificándose y allí se percató de mi presencia, de rodillas junto al cadáver de la vieja. Chasqueó la lengua con disgusto.

—¿Qué hacés?

—Miraba la muerte.

—No es nada, es como cuando dejás fuera de la heladera algún alimento. Se solidifica o se seca.

—Mirale los ojos.

—Qué espanto. Siempre quise tener los ojos celestes de la vieja, pero ahora ya no quiero más.

—Tiene muchas cicatrices.

—Correte que tengo que pulverizarla.

—¿Ahora?

—Andá al patio. Hay unas plantas muertas que habría que arrancar. No entiendo por qué la vieja dejó morir las plantas. Siempre pensé que eso de cuidar plantas era algo bien de vieja.

Me estaba yendo cuando madre me detuvo otra vez.

—Irma, ¿sentís algo?

Negué con la cabeza. No sentía nada. Madre me había enseñado perfectamente bien eso de la falta de empatía y además este cadáver pertenecía a una vieja *random*. Una vieja que era mi abuela por capricho histórico. Cuando murió padre tuve un «principio de incompreensión». Así lo llamamos con madre. No sabía qué pasaba ni qué pasaría. Madre tuvo un breve «ataque de entusiasmo» (así lo llamó), emparentado con cierto estado de liberación que se le pasó enseguida. Más tarde comprendí que padre no fue la mejor elección de madre, pero era el momento de optar por un acompañante y la rebeldía de madre era un pequeño auto a control remoto que transitaba caminos alternativos en su interior. Ella no era una revolucionaria sino apenas una nostálgica de las épocas de la barbarie, sobreadaptada. Sin embargo nunca intentó lavarme el cerebro. Prefería no responder mis preguntas, no abundar en

detalles. Sabía que la única forma de subsistencia era la obediencia ignorante. Aquí, ahora, nadie llora; en eso nos hemos convertido como sociedad. Lo que hace unas décadas podía considerarse algún tipo de discapacidad social, hoy en día se trata de una ventaja sobre el resto de los mortales. No experimentar grandes emociones, excepto por la curiosidad y el instinto de supervivencia, es maravilloso.

2

No sé hace cuántos años prohibieron el dolor. Sé que primero lo sumieron al ámbito de lo privado; privatizaron el dolor antes de decidir que eso no era suficiente para hacerlo desaparecer. Son sabios para modificar la norma. Igual que con la WEB, al dolor no pudieron eliminarlo sino quitarlo progresivamente del medio.

La RACK no brinda ninguna respuesta sobre el asunto y no supe gran cosa al respecto hasta conocer a Lunes. Él me contó que el dolor era un acontecimiento continuo. Su definición era algo así como que el dolor se trataba de una percepción de los centros nerviosos, localizado en un lugar específico. El dolor era un fenómeno subjetivo ya que no es científicamente mensurable. La sensación de dolor podía ser intensa en mayor o menor medida y no es general sino centrada en alguna parte del cuerpo. Los agentes productores de dolor son excitaciones o estimulaciones de terminaciones nerviosas sensitivas. Luego el dolor podía ser anímico o emocional, pero eso ya no le importaba a nadie e interrumpí a Lunes en su relato.

En realidad lo poco que sabía acerca del dolor comenzó aquella tarde de octubre en la casa de la vieja, con la visión de las cicatrices y luego en el patio con la Santa Rita. Es decir, el dolor dejó de ser una pregunta hecha a padre y madre sin obtener respuesta alguna y una búsqueda inútil en la RACK, para convertirse en un fenómeno empírico.

Aparentemente esa planta se llamaba Santa Rita. Alguien me lo dijo alguna vez cuando descubrió las espinas. Alguien, no. Lunes fue quien me lo contó.

Santa Rita. Un gajo seco y quebradizo plagado de espinas triangulares.

Madre me envió a que arrancase alguna de las decenas de santarritas secas que se desperdigaban a través del muro del patio. No entiendo por qué. No entiendo por qué era necesario hacer eso en ese momento, antes de airear la

casa, quemar los cobertores de lana, pasar lavandina al piso. La gente normal haría esas cosas primero, pero madre me mandó a arrancar las plantas. La imagen de la muerte dentro y fuera de la casa era demasiado intensa para madre, supongo.

Un poco desconcertada por la tarea, la emprendí sin noción de peligro. Bastó un tirón para notar lo que pasaría. Mi palma se incrustó de lleno sobre tres espinas. Quienes no conocemos el dolor, no conocemos algunos límites. Nuestro límite es todo aquello que puede matarnos. Un coche, un avión, un tren, un incendio, un precipicio. Los pequeños desastres cotidianos no existen, porque no suceden. Nadie tiene por qué sufrir dolor ni hacer nada que se lo provoque. Los avances en materia de biología llegaron a establecer la idea de que el cuerpo es un templo y, como tal, no puede ni debe ser profanado.

Una vez controladas ciertas cuestiones prácticas como la natalidad y la mortalidad, habiendo conseguido tener regulado el universo de los alimentos sintéticos, una vez que las industrias que a priori fueron farmacéuticas se volvieron laboratorios alimenticios para mitigar las pérdidas y, en realidad, cuadruplicar los beneficios, la medicina consideró que cualquier manifestación de dolor debía tratarse como un episodio autoinfligido, ya que no había necesidad real de sentir dolor en un ámbito (el cuerpo) totalmente manipulado por los factores biológicos gubernamentales. El cuerpo pertenece al Estado, aunque la soberanía de la mente sea de cada quien. Relativamente, claro. Entonces, si el dolor no era parte del proceso normal del organismo humano sino una sensación provocada artificialmente —una droga sintética, un estado de iluminación— no podía estar permitido. Es decir, en teoría el Estado no tiene dominio sobre el dolor emocional, ese sentimiento de profunda pena o tristeza que intentó explicarme Lunes sin resultado, pero de todas formas hemos sido capacitados desde pequeños para volvernos inmunes a cualquiera de esos sentires. Si aparecen —como inevitablemente nos ha sucedido a todos— sabemos cómo controlarnos. Hay drogas (específicas y limitadas, manejadas por un solo gran laboratorio que recibió el monopolio absoluto de la industria farmacéutica) para cualquier cosa. Para el dolor, para el placer, para la depresión, para el odio, para el amor, para la nostalgia, para el aburrimiento, para la sobreexcitación, para el insomnio y la somnolencia y así para cualquier manifestación menor de las grandes emociones. Una pastilla de cada color. Estoy segura de que existe una explicación más política a todo

esto y que Lunes me la dio más tarde, pero así como él padece de un síndrome de incontinencia oral e hipermnnesia, mi cerebro se entretiene jugándome malas pasadas. No puedo recordar datos complejos ni cifras enormes. Los nombres que recuerdo vienen unidos a sensaciones o imágenes. Memoria evocativa. Puedo recordar cada una de las pestañas de Lunes, el sabor acre de su axila y sus uñas rotas, pero no puedo retener el 95% de sus palabras. Tengo ese tipo de memoria sensorial que vendría muy bien más adelante, que me ayuda a recordar lo inasible y ponerlo en palabras, ya que finalmente necesitaría agarrarme de ello cuando todo lo que nos dejaran conservar de nosotros mismos estuviera bajo la órbita inmanejable de los sentidos.

Lo cierto es que en la puerta de los hospitales, con esta lógica del cuerpo en constante estado de gracia, los enfermeros esperan a los «pacientes» — palabra totalmente en desuso— con una jeringa llena de un poderoso opiáceo. Si una persona llega a la puerta de un hospital es porque el cuerpo se encuentra en alguna de las fases aledañas al dolor y el dolor se trata solamente en la inconciencia, haciendo perder al cuerpo su carácter de sujeto para volverlo mero objeto de estudio.

Un cuerpo.

Inerte.

Un cuerpo inerte, adormecido, muerto.

Un cuerpo que no siente en una mente que no está presente.

El dolor se elimina de raíz, amputando, mutilando, arrancando.

Lo que sea.

El dolor es un crimen y el crimen siempre paga.

Entonces tenía doce años cuando me mudé a casa de abuela y descubrí el dolor. No, los niños del presente no nos trepamos a los árboles ni montamos bicicletas ni nos lastimamos las rodillas. Los niños del presente pasamos el tiempo recibiendo estímulos que mantienen el organismo activo sin necesidad de realizar ninguna actividad concreta. No nos exponemos al peligro ni lo conocemos. Los niños no estamos enfermos. Los niños estamos o vivos o muertos. No padecemos enfermedades banales como en el pasado ni somos capaces de morir por la picadura de un mosquito, qué estupidez.

Madre chasquea siempre la lengua. Se indigna con la modernidad. Parece que hubiese permanecido dormida treinta años y las cosas hubieran cambiado a pesar de ella. No comprendo cómo no consigue abrazar el cambio. Fue

paulatino; el cambio casi siempre es paulatino. No nos levantamos a la mañana y *fuck off*, todo cambió, no.

Bueno, puede que eso suceda. No hay revolución que no lo rompa todo.

Ella chasquea la lengua, como chasqueó la lengua cuando me encontró en el patio de abuela con las manos ensangrentadas, las rodillas crispadas y rostro de beata a punto de ser convertida en estampita.

Las espinas triangulares de la Santa Rita se metieron en mi carne apenas tomé el primer fragmento de tallo seco e intenté tironearlo hacia mí. Cada espina se encuentra a una distancia de diez centímetros entre sí. Aproximadamente.

Tres espinas en cada palma.

Seis tajos palpitantes.

La parte de adentro de mi cuerpo saliendo por primera vez y el fuego recorriendo la sangre.

Miré mis manos y los puntos que mostraron su verdadera dimensión vertical cuando crispé las palmas y los hilos rojos deslizándose hacia las muñecas y la carne jugosa, la pulpa interna de mi persona apareciendo apetitosa. Sentí deseos de lamer mis propias palmas, pero desconocía si ese era el protocolo. Desconocía la presencia real del líquido viscoso en mis entrañas, era una leyenda urbana. El conocimiento que la RACK nos bajaba sobre nuestra propia biología era que la sangre es como la savia que corre por las venas de las plantas, eso decía. Algo invisible, que está pero no está. En tanto la sangre, el suero, la bilis, el pus, las sustancias que hidrataban nuestro cuerpo biológico no eran visibles, a excepción de las excreciones o secreciones, la orina, la mierda en estado líquido, la saliva, las lágrimas, los mocos, el semen, el flujo, la cera, el sudor, todo mero aceite para los engranajes de la vida humana, residual. Nadie se preocupaba por la vista de una persona orinando o cagando en plena calle o soplándose los mocos con la punta de los dedos, eso entraba en el ámbito de lo público. Sangrar era otra cosa.

Sangrar y arder.

Arder de dolor.

El pinchazo que despertó todos mis sentidos y me puso alerta.

Sabía que eso era arder porque alguna vez aproximé las manos al fuego antes del grito de advertencia de madre o padre, no recuerdo. Entonces eso

quemaba. Y con el grito y el susto aproximé la mano un poco más y supe lo que era arder.

Esto ardía y sangraba.

La sangre manando, la pulpa vibrando.

Palpitante.

Pulpa-tante.

Cuando noté las espinas volví a cerrar las palmas sobre el tallo quebradizo, cuatro marcas más que pusieron mis manos en un estado de adormecimiento mientras mi vulva, por primera vez, se hinchaba y una corriente eléctrica me recorría el cuerpo.

Madre me desvió la cara de un cachetazo —indoloro, por supuesto, porque bien sabemos cómo controlar las rebeldías involuntarias mediante movimientos firmes pero indoloros— antes de meterme de los pelos al interior de la casa. Sin dolor, claro. Me lavó las manos en la cocina, entre los platos antiguos de la vieja (que ya había sido pulverizada), mareada por las náuseas que le provocaba mi sangre, chasqueando la lengua y resoplando y me dejó las manos envueltas en un repasador manchado y percutido mientras ella tomó otro trapo manchado y percutido para eliminar las gotas de sangre que se extendían desde los tallos secos y doblados de la Santa Rita hasta la cocina, a las arcadas.

No había que dejar pruebas.

La sangre es la evidencia del crimen.

Lo era en el pasado y lo es ahora. En el pasado, al menos, podía justificarse una mancha de sangre por cualquier motivo banal. Hoy no. Hoy sangran los cerdos cuando los campesinos los degüellan para comerlos, no las muchachas de doce.

Esa noche, además, sangré por la vagina por primera vez. Madre me comentó que estaba volviéndome mujer y me explicó cómo tener el menor contacto posible con el producto de la rotura del endometrio y la muerte del óvulo, y así debía hacerlo todos los meses hasta los embarazos y luego todos los meses hasta que el deseo se extinguiera, como afortunadamente había sucedido con ella. Me miró con asco. Dos sucesos relacionados con ese líquido oscuro el mismo día era demasiado.

Había que mantener la sangre lejos, decía ella.

Yo tenía otros planes.

3

Me encerré en el baño y abrí la ducha para que el sonido del agua cubriese cualquiera de mis movimientos. Primero salió un chorro marrón del caño oxidado. Me quedé observando la canilla que sangraba/cagaba ante mis ojos. Luego fue perdiendo el tinte y salió el agua fría y transparente, como debía ser. Vaya uno a saber cuánto hacía que la vieja no se pegaba una ducha y el sistema eléctrico, el que proveía de la calefacción, evidentemente tampoco funcionaba. A través de la puerta escuchaba el sonido de madre arrastrando muebles. Sé que quería sacar toda la porquería al patio y quemarla. En sus planes yo sería su secuaz y su mano de obra. Pero no salió como esperábamos: se me antojó lastimarme y volverme mujer ese mismo día, a mitad de la actividad. Entonces mejor era borrar me del mapa. Meterme en el lugar más fácil de limpiar: el baño. Fue perfecto.

Yo sólo quería conectarme con la sangre que manaba de mi cuerpo. Madre me dejó con el repasador manchado y percutido envolviendo mi mano y me dijo que no me lo quitase hasta que la sangre dejara de correr, pero eso era imposible. Ella lo sabía, yo también. No hacía falta buscar en la RACK para saber que las heridas de ese calibre no se curan solas. De todas formas, no había nada sobre heridas que encontrar en la RACK. Cualquier entrada relacionada llevaba instantáneamente al GPS con los hospitales más cercanos o lanzaba una alerta de ambulancia. En teoría el protocolo indica que tengo que ir al hospital para que me desmayen con una inyección y me quiten los tajos, me arreglen con pegamento, como sé que se hace porque lo busqué en la RACK, y no es algo moderno ni biológico, lo hacen así desde hace un siglo, por lo menos. Madre prefería esconderme, no sé si para ahorrarme el disgusto o ahorrárselo ella misma. Lo que sí sabía es que mi problema era mi problema y estaba sola con él.

Tiré al piso el repasador ensangrentado. Mis manos eran una masa turbia y pegajosa. Dolían, porque esto era el dolor. Esto tenía que ser el dolor, que no se describía en ningún lado como ninguna cosa. El dolor prohibido era una criatura mitológica, una leyenda urbana. El dolor no existe, el dolor es tabú, el dolor puede matarte, como si la ausencia de dolor no fuera una de los modos de la muerte, la muerte por omisión de sensaciones. Yo tenía doce años y una curiosidad ancestral. Doce años y la necesidad de saciar una sed que me comía las entrañas como los buitres de Prometeo pero sin rostro ni picos ni alas. Peor aún. Lo peor de estar vivo es no saber qué es lo que te está matando. Si algo no te asesina por presencia, debe estar haciéndolo por ausencia. Todavía faltaban veinte años para que entendiera que lo que tenía que matarme era lo que me volvería inmortal, pero eso no importa en el momento en que tengo doce años y estoy encerrada en el baño lleno de lamparones de humedad, como manchas de test de Rorschach devorándose los ángulos de las paredes.

Me miré las manos y volví a sentir el primer dolor, el del patio. Pero no era simplemente eso. No eran tan sólo los alfileres clavados en las palmas. También dolía el interior de mi vientre, como algo rompiéndose. Como estallidos de una fruta. Madre colocó una píldora violeta en mi boca apenas notó que estaba menstruando. Lo hizo para impedir el dolor, claro, pero no la tragué, la escupí más tarde. La guardé, claro, como seguiría guardando todas las píldoras violetas a partir de ese momento. Para el instante en que tuviese sentido tomarlas.

Entonces, sentada en el inodoro, percibía los pinchazos dentro y fuera. Las contracciones del útero pulverizando el óvulo, matándose a sí mismo. Mi cuerpo rebelándose en manos y bajo vientre. Veía correr la sangre por la cara interna de mis muslos y aflojé la costra de los pinchazos en las palmas con el agua de la ducha hasta que la sangre volviese a brotar y los pinchazos resucitaron y tuve la necesidad imperiosa de chuparme los dedos. El sabor de la sangre era metálico. No había deleite en su consumo, no era como imaginé. Al menos no la sangre de mis manos. Probé con la sangre de mi vagina y ese sabor me resultó más agradable. Tomé el vaso que usaba la vieja para enjuagarse los dientes, supongo, y lo coloqué entre mis muslos. Así fue cayendo la sangre, con su consistencia espesa. Sangre bordó que pronto se volvía violeta y negra. Muy poca cantidad, apenas un sorbo. Esperé unos

minutos hasta que se desprendió un coágulo y luego, en el momento en que un dolor agudo me traspasó el vientre, apreté mis palmas heridas contra la superficie del vaso y bebí mi menstruación de un solo trago, sin respirar, sin pensar en la consistencia de la sangre que en contacto con el oxígeno se volvía una cosa muerta y, apenas terminé de beber la última gota, hice estallar el vaso a causa de la presión que le impuse y así, con los vidrios destrozándome los labios y la vulva hinchada restregada contra el borde helado de la bañera sucia de la vieja, tuve mi primer orgasmo.

4

Hasta hace muy poco tiempo viví en esa misma casa. Madre se ocupó de eliminar todas las Santa Ritas. Bueno, no todas. Recuperé un fragmento antes de su pulverización. Lo guardé en el espacio entre el colchón y las tablas de madera de la cama. Era un rollito, como una suerte de liga de alambre de púas. Lo usaba en la cara interna de mis muslos, para que no fuese visible a nadie. Así quedó mi piel, marcada de pequeños tajos, el *branding* del placer. La RACK me informó que en la antigüedad algunos utilizaban el cilicio como práctica para castigarse. Implementado tanto para evitar tentaciones como para recordar el sufrimiento de Jesucristo, no se informa nada acerca de su uso con fines de voluptuosidad. Tampoco nombran la palabra dolor. Castigo y sufrimiento es todo lo que se atreven a incluir, pero eso no dice particularmente nada para mí. Yo no lograba unir la palabra «castigo» con mis propias costumbres, así como sufrimiento es la sensación motivada por cualquier elemento capaz de someter a un sistema nervioso al desgaste. Ergo, sufrimiento es la sensación provocada por el dolor (físico o emocional) pero no el dolor per se. Ni castigo ni sufrimiento eran sinónimos válidos, sino formas de esconder (velar, prohibir, callar hasta que desaparezca) el dolor como posibilidad o, más aún, el dolor como filia. El cilicio consistía, en sus modos más modernos, en una suerte de cinturón o pulsera provista de delgados alambres con filosas puntas que los penitentes o ascetas utilizaban atados al muslo o las axilas. Las empresas religiosas (creo que antaño no se llamaban empresas sino cultos o sectas u organizaciones) más actuales recomendaban su uso durante un período de dos horas diarias, excepto los domingos y feriados. De alguna manera mis prácticas carecían de originalidad, pero eso no era motivo de preocupación. A lo sumo debía preocuparme porque en el presente el dolor es un delito, no así como lo era en el pasado: un premio, una

circunstancia, un acontecimiento que daba lugar a algo mayor. Descubrí que quizás no era que la RACK no tuviese entradas acerca del dolor sino que lo relacionaba con otros temas y utilizaba siempre sinónimos. Tenía formas, entonces, de conocer más sobre el tema.

Sabía también que la menarquia volvería al mes siguiente y entonces el festín. Las espinas duras de la Santa Rita desgarrando la carne virgen del muslo (virgen por secciones, ya que movía el cilicio hasta las zonas que no estuviesen encallecidas por contactos previos) y las cuatro cucharadas de pulpa que podía sacar del endometrio desgarrado. Solía reservarme esos días, donde madre sentía asco y me dejaba a solas y en paz, para masturbarme, beberme y pincharme. El resto del tiempo me mantenía en estado de gracia, respondiendo presurosa a las obligaciones, estudiando, callando, observando.

Cuando el fetiche del dolor comenzó, también apareció el pensamiento obsesivo sobre la elección de madre por mí. Madre me seleccionó cuando llegó a sus treinta y cinco años y se quedó conmigo porque me consideraba la más fuerte de la manada. Entregó a mis dos hermanos y mi hermana al gobierno. Padre se había muerto hacía tres años, así que no había opción. Podía quedarse con uno solo de sus hijos. Es decir, si padre hubiese salido indemne del accidente, quizás ahora tendría una hermana o hermano haciéndome compañía. Miro el techo y me pregunto qué será de la vida de mis hermanos. Zulma no creo que haya sobrevivido. Estaba siempre estornudando y con los ojos rodeados por sendas aureolas negras. Los medicamentos no lograban ningún efecto sobre sus alergias. Raúl, en cambio, era demasiado ruidoso, un salvaje. Su síndrome tenía un nombre y todo lo que tiene un diagnóstico, pasa a manos de los doctores. A Raúl se lo llevaron enseguida, afortunadamente. Creo que madre debe haber dudado entre Conrado y yo. Conrado era silencioso y observador. Rara vez emitía sonido, pero realizaba todas sus tareas con habilidad y delicadeza. El problema con Conrado es que le temíamos. Incluso madre. Por eso su decisión de quedarse conmigo: era la versión *soft* de Conrado. Observadora pero transparente. Obediente sin dobleces. Nadie hubiese imaginado que iba a desarrollar una parafilia. De todas formas, ni madre pudo haberlo adivinado. Olvidó pronto el altercado de la Santa Rita y nunca me miró con detenimiento. Ni siquiera cuando entraba al baño durante mis duchas fue capaz de notar las marcas en mis muslos. Lo que me llevó un tiempo comprender o, mejor dicho, aventurar una conjetura válida,

es por qué una mujer con tal aversión a la sangre había elegido a una hija mujer, consciente de los períodos menstruales. Claro que nunca se ocupó de mis menstruaciones más que para alcanzarme el repasador en aquella oportunidad y darme unas vagas indicaciones. El resto de la información estaba en la RACK, de todas formas.

—Irma, me voy a morir —me dijo un día. Tenía cincuenta y ocho años y lucía como sobreviviente del último Holocausto, el acontecido hace menos de veinte años en un país con nombre: China.

—Cuándo.

—Pronto.

—¿Por qué?

—Duele.

Me acerqué a ella. Chasqueó la lengua, su único tic. Yo quería saber qué dolía, qué sentía, dónde, cómo. Quería la descripción minuciosa de la corriente de sufrimiento que la obligaba a fruncir el ceño.

—¿Cuándo comenzó?

—Hace dos meses.

El desconcierto se me tatuó en el rostro. No era legal estar sufriendo tanto tiempo. El gobierno no permitía más que un período de 24 horas, al cabo del cual el cuerpo debía ser trasladado directamente al hospital más cercano. 24 horas de dolor era toda la agonía que el Estado necesitaba para hacerse cargo del despojo. Madre, sin embargo, pasó dos meses completos llevando una existencia absolutamente funcional. No esperaba esto de ella. Siempre fue obediente al régimen, a pesar de sus dichos subversivos puertas adentro, que dependían más de sus malos humores o de contrariar cualquier opinión de padre. Nunca la consideré un peligro ni para ella ni para nadie. No era temeraria ni aventurera, simplemente quejosa.

Pensé, entonces, que quizás ella también disfrutara del dolor interno, del cáncer comiéndole las entrañas. Quizás tuviese pequeños orgasmos cada vez que una célula enferma avanzaba sobre las partes sanas de su organismo. Quizás en estos dos meses fueron los choques en su entrepierna ante cada puntada los que la mantenían en pie. Quizás no era que sintiera asco por mi sangre y por eso me encerrara, sino que sentía deseo, excitación, un cosquilleo tan profundo que la obligaba a mantenerme alejada para no cometer el pecado de lamerme entera, de beberse mis jugos, de introducir su lengua en cada una

de mis heridas. Quizás se quedó conmigo no por el miedo que le provocaba Conrado sino justamente porque las mujeres sangramos sin que eso sea mal visto por las leyes gubernamentales. Entonces conmigo tenía la esperanza del dolor y la sangre.

No me atrevía a preguntárselo. Era evidente que había llegado a su límite, que no lograba fingir más o tal vez se había agotado de tantos orgasmos y prefería retirarse así.

El dolor se traslucía en sus ojos y me excitó un poco verla así, traspasada segundo tras segundo por aquello que yo debía esperar un mes entero para sentir. Yo dosificaba el dolor, ella lo vivía. El dolor le consumía el cuerpo y me dieron celos de su sufrimiento. ¿Será que alguna vez sería capaz de sufrir un dolor semejante para mí sola? En ese momento todavía desconocía mi propio destino, así que sólo podía entusiasmarme con la idea de que los factores genéticos prometieran un cáncer así de cruento en mi futuro. Un cáncer de huesos o algo bien destructivo.

—¿Qué debo hacer?

—Abandonarme en el hospital

5

En los años previos a la muerte de madre, había tenido que forzar una vida sexual activa como toda mujer de mi edad. A sabiendas de que podía vivir perfectamente sin un acompañante, que apenas quedara sola sería práctico disponer de las horas de inactividad para flagelarme y gozar, sin la mirada atenta de mi madre que dejaba las puertas abiertas —la de su cuarto y el mío— no porque temiera que algo malo hiciera yo, sino por sus propios temores inconfesables, a sabiendas de eso, debía fingir, buscar el compañero y proveedor de hijos.

Comencé la búsqueda a los dieciocho años, como era el protocolo. Seguí al pie de la letra el ritual de salir las noches de los jueves, viernes y sábados a los establecimientos habilitados para tal fin. En esos establecimientos podía encontrarme con masculinos de la franja etaria correspondiente a la mía, en habitaciones designadas. Es decir, en un cuarto «A» aglutinaban a todos los caballeros de entre dieciocho y veinticinco años con muchachas de características similares. De esa manera iban variando las edades por diferentes cuartos, hasta los treinta y seis en mujeres y cuarenta y cuatro en hombres, que era el límite. Los cuartos eran solitarios y sus reuniones no se realizaban tres noches a la semana sino dos noches al mes. A esas edades ya raleaban las personas que necesitaran pareja para reproducirse. A lo sumo se encontraban algunos rezagados por estudio o trabajo o desafortunados en la compatibilidad espermática ovular. Aquellos casos a quienes ni la ciencia había logrado ayudar, que eran los más raros. La música, como siempre, era ese ritmo de moda que evocaba las composiciones de Bach. Rock con clave, la llamaban. Venía de un país llamado Argentina, compuesto por un tal Johan Müller. No me atraía en absoluto pero como nunca tuve gran capacidad para apreciar la música, me era más bien indiferente. Los tragos eran gratis, ya que

el interés del gobierno era subsidiar nuestra reproducción.

Cuando comencé la búsqueda, hacía seis años que conocía exactamente qué era aquello que me excitaba, por ende no conseguí hallar eso mismo —o algo similar, siquiera remotamente cercano— en ninguna de mis parejas. Mi primer beso, en uno de los compartimentos privados del establecimiento que homenajeara a un bar de comienzos de este siglo, fue una situación espantosa. Ningún beso es como creíamos que es un beso antes de besar por primera vez. En la fantasía, el beso es una entidad limpia, tibia y seca. En mi fantasía incluye dientes y el sabor metálico de la sangre. No, un beso no es más que un instante aeróbico donde la lengua debe moverse a intervalos de mayor o menor intensidad y todo lo que se recibe a cambio es la secreción menos interesante que produce el ser humano. Detesto la saliva. Esa saliva tibia y controlada que se desparrama de una boca a otra me llena de asco. Más adelante supe qué tipo de saliva me hacía estallar de placer, pero no era esta que pasaba de lengua a lengua, que formaba hilos finos como telaraña. De pensarlo me provoca arcadas.

Como mujer respetuosa de las leyes y para darle el gusto a madre, me relacioné íntimamente con algunos hombres, totalmente atenta a que debía elegir, tarde o temprano, con cuál de ellos tendría los hijos para la patria. Secretamente esperaba ser estéril, como había leído en la RACK que era posible aunque poco probable. Los avances en la biología hacían muy vagas las posibilidades de esterilidad en muchachas criadas a imagen y semejanza de los indicadores de salud de los laboratorios. Pero existían excepciones y quizás pudiera ser una de ellas. De alguna manera buscaba volverme especial, más allá de mis secretos. Quería ser especial dentro de lo socialmente aceptable como anomalía. Un fenómeno legal y políticamente correcto. Desconozco qué hace el gobierno con las personas estériles como desconozco qué hace con los hijos entregados. No me preocupa demasiado, tampoco.

En estos años de actividad tuve veintidós parejas con quienes intenté seguir las leyes de matrimonio y reproducción, pero ninguno de ellos fue compatible conmigo. Ya sea biológica o emocionalmente, los test fracasaron uno tras otro. Creo que no logré fingir demasiado bien. Afortunadamente todavía el Estado me consideraba material útil. Esos hombres fueron, en estricto orden de aparición y apareamiento: Romualdo, Segundo, Lauro, Vincenzo, Libario, Rodolfo, Caetano, Rando, Paulino, Noel, Santo, Anselmo,

Serbio, Flabián, Minervo, Basualdo, Juvenal, Nicasio, Iñaki, Murciano y Waldo.

Puedo reproducir minuto a minuto mi relación con cada uno. No llego a la hipermnesia de Lunes pero mi memoria sensorial me da una ventaja enorme sobre el resto de los mortales. Mi memoria es icónica y no ecoica. Es decir, puedo recordar y evocar sensaciones e imágenes y no tanto repetir palabras. Es una pesadilla para mí. Lo que no recuerdo es aquello que más quisiera recordar y sin embargo tengo la mente llena de detalles insignificantes, de aromas, de sabores, de colores, de recuadros minúsculos, de rostros de miles de desconocidos, de recortes y viñetas que podrían armar el gran rompecabezas de mi miseria.

Un largo camino de vivir como sonámbula, en piloto automático, hasta caer en el hospital con madre para entregarla a la muerte. Y entregarme a él, para siempre.

6

Lunes pasaba sus noches en un cuartucho de limpieza del Hospital Central. Dormitaba intermitente, siempre esperando que un enfermero le trajera la buena nueva. No se alteraba ante el movimiento descomunal de los accidentes aéreos, porque no era ese tipo de afecciones las que le interesaban. El Hospital Central fue su último espacio, antes de eso había tomado posesión de otros sucuchos en los hospitales de las afueras, avanzando un cordón a la vez hasta llegar al central. Luego, sería cuestión de repetir en sentido inverso y así seguir *yirando* en espiral.

Durante el día, Lunes era un tipo útil para la sociedad. Simulaba actividades para que nadie lo denunciara. No necesitaba trabajar para tener el dinero suficiente para sobornar a los enfermeros, pero no siempre funcionaba su plan. Algunos hospitales carecían por completo de buena voluntad para entregar a sus venéreos o bien no tenían. Más sencillo se le hizo en los hospitales cercanos a las zonas más pudientes de la ciudad, donde la prostitución de baja calaña explotaba y casi nadie respetaba algunas de las reglas. Los ricos tienen sus propias reglas, sus propias putas y su propia moral. En las zonas de mayor poder adquisitivo, los potentados prefieren poseer los cuerpos narcotizados de las prostitutas de menor calaña. Sus esposas son biológicamente perfectas, tal como las eligen en sus reuniones de alta sociedad, en sus fiestas privadas. Esas mujeres son tomadas para concebir, para perpetuar una especie perfecta, rozando lo endogámico al no abrir las puertas a potenciales esposas provenientes de otros barrios alejados de los muros de sus propiedades privadas. Se sabe que en el pasado era diferente y las redes de prostitución para ricos tenían mayor calidad y cuidado. Ahora, los ricos prefieren los deportes de riesgo. Crearon enfermedades a medida en laboratorios ad hoc por la simple diversión de

transmitirlas. Levantan a muchachas de los suburbios, las drogan, las cogen por todos los orificios, entre varios, alternadamente o a la vez, delante de sus hijos pre púberes, como rituales iniciáticos. Les contagian sus enfermedades de ricos, esas afecciones que ellos adquieren como trofeos de hombría y, en el mejor de los casos, las abandonan en las puertas de hospitales. Los ricos tienen los antídotos y no sufren ningún síntoma. Algunas veces, ellos las observan morir lentamente, les van disminuyendo las dosis de sus drogas para que las muchachas se vayan volviendo cada vez más conscientes de su propia podredumbre, sólo las cuidan del dolor, no de la lucidez de estar muriendo de algo horrible. Algunos dicen que es una leyenda urbana, pero Lunes ha tenido acceso a varios de esos cuerpos antes de su pulverización en la morgue.

También en las zonas más carenciadas se concentraba una mayor cantidad de venéreos, a causa de las drogas de diseño que los sumían a un estado de animalidad que les quitaba el freno. Sí, drogas de diseño. Diseñadas para controlar a la población excedente, resultado de las migraciones internas o de las micro revoluciones de diez o veinte personas, rebeldías cuasi individuales de aquellos que negaban su cuerpo al Gobierno pero, sin embargo, lo entregaban a los mismos laboratorios gubernamentales que les fabricaban las drogas que los mataban en tres meses, los científicos se disfrazaban de *dealers* bien intencionados y contestatarios. Junto con las drogas, la infertilidad en una jeringa, porque el cuerpo es del Estado, una y otra vez. Cualquier cosa que ames te mata, simplemente a veces se hace necesario elegir el verdugo con fe de fanático.

Me llama la atención cómo el ser humano se las arregla para desviarse siempre, aunque sea unos metros, en una sociedad preocupada porque nada se salga de la ruta. Es una fuerza inherente a la raza. Todo lo que queremos es acercarnos a lo que está prohibido o, a lo sumo, transgredir dentro de la norma. Estoy bastante segura de que había muchos escritos al respecto, pero la RACK me niega los accesos. Tengo la certeza, confirmada por quien sabe, de que residuos de esos textos han quedado en alguna zona muerta de la RACK, allí donde se entrecruzan códigos de la vieja WEB, porque no pueden haberlo eliminado todo. Así como no han logrado quitarnos lo que se llamaba «libre albedrío» a nosotros, máquinas imperfectas y obedientes, debe haber un abismo tecnológico que dejó una parte viva de la WEB, un rincón donde ha podido esconderse. Siento que es así, pero no importa. Que esa sensación era

una certeza, lo supe más tarde de boca de Lunes. Lo que importa es que conocí un puñado de personas que encontraron su manera de desobedecer, que llevaron una existencia aparente dentro del marco legal pero su mundo interno los obligaba a romper la armonía. Abuela y sus marcas imposibles en muñecas y manos, madre en su agonía de dos meses donde sus células en pugna la destrozaban por dentro, Lunes y sus pequeñas muertes, perseguidas, contra toda ley, obscenas, obsesivas y obcecadas.

Lunes me enseña lo que le enseñaron, porque a pesar de los avances de la modernidad, la información ha vuelto a ser primitiva y transmisible analógicamente. La única manera de resistencia, donde la memoria antigua pueda persistir, es en el mecanismo que nos junta para volver a narrarnos como los primeros relatores orales. Aunque mantengamos la lengua, la cultura, la escritura y la modernidad, la verdad se ha visto comprometida. Pasamos hace rato de la época de la posverdad, donde postulaban que las redes y la democratización de la información dinamitaron las bases de la existencia de una veracidad en manos de un par de agentes. Tiemblan allí donde las fuentes se multiplican y se vuelven anónimas, donde todos tienen voz y cada uno puede hacerse escuchar, donde no hay una verdad absoluta sino múltiples puntos de vista. Pero eso ya es pasado. El Estado se las ingenió para que esa posverdad dejara de molestar y volvió a tomar el dominio del discurso único, lo desmenuzó en dos o tres pedazos y lo repartió equitativamente entre los mejores postores del régimen. Es decir, volvió a pasar lo de siempre. La naturaleza y el cuerpo saben de ciclos, los gobiernos también.

Lunes me enseña, también, que el cuerpo era una preocupación de la filosofía desde los inicios. No era yo la primera ni la única deseosa por reflexionar acerca de sus rincones y sus funciones. No era la única que buscaba límites donde no los había y que forzaba umbrales, a patadas, a dentelladas, estrangulando mis propios miembros. Lunes me habló de un filósofo francés llamado Michel Foucault, que encaró el asunto del dolor infligido como mecanismo de control. El suplicio era la forma de castigo hasta el siglo XIX, cuyo diferencial era el dolor atroz como ritual político, donde el monarca castigaba, supliciaba al delincuente como una forma de venganza hacia el crimen ejercido, que era un crimen hacia el poder dominante. Lo único que tenía al alcance era el cuerpo, el cual debía —podía— ser torturado y destruido. El cuerpo como recipiente del alma y de la mente de la víctima, el

dolor devolviendo la soberanía ultrajada. Este poder soberano actuaba para capturar los productos del cuerpo, no lo transformaba sino lo absorbía. En cambio, el poder disciplinario acontecido a partir del siglo XIX, considera que el cuerpo debía convertirse en materia de reforma, corrección. Es decir, se habilitaba el cuerpo por sus aptitudes y cualidades para el trabajo. Así el cuerpo era captado por las instituciones (fábrica, escuela, hospital, prisión) y se lo normalizaba. Para poder someter el cuerpo a los designios de su institucionalización, se debía ejercer un control directo, adaptándolo al trabajo productivo.

Actualmente se aplica el principio de derechos suspendidos, pero sin que haya estudiosos ni filósofos ocupándose de esos asuntos. La RACK, obviamente, no dice una palabra. Para la RACK no existió Foucault y Platón es autor de algunas frases de autoayuda. Ahora se cuida el cuerpo artificialmente, se le planta la información adecuada desde su concepción, se lo riega y alimenta. Aunque la robótica haya fracasado, la tecnología biológica ha superado cualquier expectativa. Allí donde no hay espacios en blanco (en el cuerpo como máquina, comprensible en todos y cada uno de sus engranajes), el único espacio de libertad está en la mente. Sin embargo, existe algo llamado «la pena que nadie conoce» y esa es la prisión perfecta. Ni Foucault podría haberla imaginado mejor. Ya no necesitamos el suplicio ni la cárcel porque tenemos miedo. Un miedo visceral, seguramente implantado en un laboratorio. Un miedo para el cual no existe una píldora de ningún color, porque el miedo sí está permitido, fomentado, alimentado para que crezca. Miedo a que algo nos destruya, ya ni siquiera es miedo a morir, porque morir, en definitiva, es dejar de funcionar. Como antaño temíamos al dolor, ahora no, porque no lo conocemos. Tememos a algo que no tiene nombre, a «la pena que nadie conoce» que es peor que la muerte. Entonces ya no precisamos una reforma porque el cuerpo está cultivado para cumplir con sus funciones: crecer, hacer, reproducirse, cumplir, temer a lo innumerable, pertenecer a un poder superior pero terreno.

Lunes se excusa continuamente de todos aquellos conceptos que no puede explicarme, que no son más que meras palabras. No tiene a su alcance libros, tiene apenas lo que ha podido robar de los recovecos de la RACK y lo que su memoria alcanzó a absorber en las reuniones tribales de los suburbios. Yo desconocía que en los mismos espacios donde los hombres-bestia cazan

animales y los devoran, hay sabios que transmiten conocimientos antiguos a quienes los quieran escuchar. Quedan pocos, pero afortunadamente las mejoras biológicas han construido hombres y mujeres con memoria y curiosidad prodigiosa que, aunque callen durante el 95% por ciento de su vida, utilizarán el 5% restante para narrar.

Otro filósofo, Erich Fromm, habla sobre los caracteres sádicos que no tienen relación directa con el contexto ni el ambiente ni las condiciones sociales. El sádico nace y es detectable desde pequeño. No importa si nace en cuna de oro o en muladar, lo único peligroso es el lugar dentro de la escala evolutiva política que tenga ese individuo genéticamente sádico. O algo así. De alguna manera, el sádico y el masoquista, son individuos que necesitan un estímulo extra a su insignificancia, impotencia y soledad. Otras personas pueden vivir sintiéndose inferiores, pero el sádico y el masoquista necesitan exteriorizar sus sentimientos a través de sufrir o infligir dolor. Pero Fromm no cree que el amor y el masoquismo puedan coexistir. Cree que son opuestos.

Eric Fromm está equivocado.

8

Lo supe más tarde, Lunes era rico. Supe más tarde que se escapaba todas las noches por un recoveco del muro de su barrio exclusivo, recoveco seguramente comprado con parte insignificante de todo su dinero, porque los recovecos, los orificios y los agujeros no son gratis; y todas las noches Lunes escapaba de su esposa modelo, como escapaba de la norma y de los rituales de su clase. Escapaba una vez por semana para comer animales cazados y asados, en esa orgía desproporcionada de los hombres-bestia. Necesitaba ser rico para poder transgredir a lo grande. Yo, perteneciente a la clase «productiva productora», apenas si podía permitirme mis rebeldías de cabotaje, *misbrandings* ocultos y justificados como alergias a los oídos de los hombres que se empeñaban en lamerme la vulva pensando que allí estaba el orgasmo. La clase «productiva productora» accede a sus transgresiones menores, cuando sólo los ricos pueden tener verdaderas perversiones. «Como ha pasado siempre» diría mi madre si estuviese viva para saberlo. Y chasquearía la lengua.

Conocí a Lunes por accidente o por «armonía» como decía él. Quizás por la acción fantasmal a distancia, ese entrelazamiento cuántico en el cual dos objetos pueden quedar vinculados sin importar a qué distancia se encuentren o si alguna vez tuvieron contacto. Un lugar de la ciencia donde, de alguna manera, convive la magia, porque esos elementos distantes e intocables entre sí, tendrían que tener alguna clase de «conexión oculta». La teoría de la cual Einstein se burlaba, finalmente encontró su comprobación en el siglo XX. Y esas partículas entrelazadas existían, formaban un sistema inseparable y eran capaces de influirse mutuamente, sin importar la distancia.

El pedido de madre para llevarla a morir al hospital me había provocado

sentimientos que no sabía bien cómo manejar. Llevé mi Santa Rita en la cartera y busqué un lugar oculto para colocar el cilicio. Ese lugar resultó ser el escondite de Lunes. En ese momento Lunes, a pesar de ya haberse contagiado su primera sífilis, se encontraba dentro del cuartucho oscuro que elegí para esconderme. Se encontraba allí porque había escapado de su casa involuntariamente, en piloto automático, sin pensar que esa noche no hacía falta, que podía quedarse tranquilo observando cómo la enfermedad avanzaba hasta las primeras incomodidades. Ya tenía la llaga sifilítica alojada en el glande y otra pequeña pero igualmente inmunda en el labio inferior. La primera cosa que haría al día siguiente sería concurrir a su médico privado para comenzar el tratamiento. Su médico privado era parte de un plan elaborado minuciosamente desde la pubertad, apenas Lunes fue consciente de sus tempranas desviaciones y el caudal de dinero que poseía. Afortunadamente el conocimiento de su parafilia y el de su poder económico sucedieron a la vez. Su médico privado era tan suyo y privado que el mismo Lunes había pagado por su educación. El contrato con el joven doctor había sido firmado mucho antes, e imponía condiciones sobre la persona del joven, es decir, sobre su persona completa aún antes de ser médico. A cambio de cierta inmunidad, Lunes consiguió sumir a un hombre a la esclavitud. Aunque no implicaba nada sexual, Lunes disfrutaba esa forma de sometimiento. Su personalidad sádica en estado embrionario.

Me escondí en el cuartucho porque necesitaba que doliese algo en mi cuerpo y no en mi mente. La inminente ausencia de madre formaba un manojo de emociones que no lograba manejar con calma. De nuevo el maldito «principio de incomprensión» que sucedió cuando la muerte de padre, pero esta vez quedaba sola y era adulta. Los adultos no lidiamos tan bien con la muerte como los niños. Quería atarme la Santa Rita al muslo y luego poner mi mejor máscara a los comunicados médicos. Sabía que parte de lo que me esperaba era una larga explicación de por qué llevé un cuerpo en un estado tan avanzado de deterioro. No tendría que mentir porque madre me hizo desconocer su enfermedad hasta el último minuto pero de todas formas era incómodo pasar por ese proceso y observar cómo la pulverizaban.

Apenas entré al cuartucho lo primero que sentí fue su mano derecha sobre mi boca, apretando mi mandíbula, introduciendo el dedo índice en el interior de mis fauces. El dedo de Lunes sabía a limpieza quirúrgica, a desinfección. Y

su sabor era contrario al aroma fuerte a transpiración que emanaban sus axilas. Una vez que estuvo seguro de que me mantendría callada, me soltó brevemente, pero sólo lo hizo para poder retorcer mis muñecas en una maniobra sabia y precisa y colocar mi rostro contra la pared del cuartucho.

—¿Quién te mandó?

—Nadie.

—¿Quién sos?

—Irma.

—¿Por qué estás acá?

—Quería esconderme.

—¿De quién?

—De todos. Pero fallé.

Mis palabras entrecortadas por gemidos de dolor y placer. Lunes me retorció las muñecas y no eran las reprimendas firmes pero indoloras de madre, no, él sabía lo que hacía, él sabía que me tenía paralizada como un gato, ejercía sobre mí la *clipnosis*, inhibía mi comportamiento, pero dándome dolor y dándome placer. Nunca antes alguien me había provocado ningún tipo de daño que no fuera yo misma con los pinchazos de la Santa Rita o mis propias entrañas con los espasmos menstruales.

—No tengas miedo, no me interesan las mujeres.

—No es miedo.

Intenté moverme una vez, sólo para que Lunes apretase más fuerte y logré mi cometido. Él ajustó su llave y me separó las piernas con una patada entre los talones. Con una mano sostenía en torsión mis muñecas juntas en la espalda, con la otra mano —mejor dicho, con el antebrazo— presionaba mi nuca para aplastar mi cara contra la pared y ahora tenía su pierna entre mis piernas. Fue demasiado para mí y acabé, subiendo decibeles mis gemidos, como una gata en celo, aullando, porque siempre estaba acostumbrada a gozar en silencio, a morder mis propios labios, a tragarme el placer como si fuese un puño introducido en mi garganta, pero esta vez no pude, necesitaba gritar a través de los dedos o gritar para que los dedos se metieran adentro. En medio de mi orgasmo gutural, Lunes me soltó, asustado, para cubrirme la boca con la mano y le mordí el dedo hasta hacerlo sangrar. Mi orgasmo llegó a su punto cumbre cuando sentí el contacto de su sangre sifilítica con mi lengua.

Fue mi primera eyaculación, mi primer *squirt*. Lunes observó cómo el piso recibía esa placenta líquida que no era orina, que olía a pescado podrido y comenzó a comprender con quién acababa de toparse.

9

Lunes no sabía con exactitud qué se sentía someter físicamente a un ser pensante hasta esa noche en el cuarto del hospital. Su sadismo fue canalizado con animales de diferente tamaño a lo largo de su infancia. El hámster, el gato, el perro, el lechón. Los ricos tenían acceso a animales de estimación, a mascotas para esparcimiento y aprendizaje. No necesitaban buscar en la RACK, podían concurrir a sus granjas esterilizadas y libres de pulgas y ver que las gallinas tienen dos patas y no vuelan y, más aún, Lunes no necesitaba buscar en la RACK para saber que las gallinas pueden seguir corriendo con la cabeza arrancada. También enterarse de que un cerdo apuñalado suena exactamente igual que un bebé llorando.

Luego sobrevino el adoctrinamiento de humanos, pero en dimensiones asibles a la realidad de una sociedad donde la esclavitud simbólica está admitida pero el dolor es un delito. Por ese motivo su sadismo debió encauzarse al dominio de sus empleados, al contrato con su médico privado y a la elección de su esposa. Lunes tuvo acceso a todas las mujeres de la ciudad, no debió limitarse a su clase social ni a la endogamia de su barrio cerrado. Pagó para ver en cada uno de los clubes habilitados para citas y pudo acceder a mujeres de todas las edades, aún las menores de edad que no tenían permitido concurrir a los clubes. Experimentó el sexo con adolescentes, ancianas, hombres, travestis, transexuales, agonizantes y cadáveres. Pocas cosas eran las que Lunes no consiguió en su vida.

Quiso una virgen y eso no pudo lograrlo, por ejemplo. Como el dolor está prohibido, el himen de las recién nacidas se rompe enseguida, como el orificio para los pendientes de la oreja, ahí en el Hospital, cuando todavía tienen a los bebés drogados para que no se estresen. Lo mismo ocurre con las circuncisiones, que se realizan apenas el niño es quitado del vientre de su

madre, sin *Mohel*, porque no es una cuestión de religión sino de salud y, por ende, de Estado.

Lunes nunca logró cogerse una virgen porque aunque intentó hacerlo fuera de la frontera, donde habitan los hombres-bestia, estos hombres cuidan a sus vírgenes como un tesoro y Lunes fue expulsado a patadas cuando intentó abusarse de una pre adolescente con el himen intacto. Fuera de la civilización, las tribus tienen sus reglas y ni la riqueza puede comprarlas. Lunes sólo pudo tener sexo anal con personas de ambos sexos que estuviesen bajo efectos narcóticos o con anestésicos locales como los derivados avanzados de lo que alguna vez fue la lidocaína, y siempre bajo supervisión de otra persona o un proxeneta presente, ya que nadie (ni aún quienes ejercen la prostitución) han aceptado ensuciar su prontuario para ser sodomizados sin atenuantes o con aprovechamiento de la anestesia para fines sádicos. Es vox populi que hay desviados que buscan transgredir la norma, por ese motivo las prisiones no han sido eliminadas. Lunes puede tener mucho dinero pero aun así no ha logrado esquivar todos los cercos que el sistema coloca alrededor de sus ciudadanos.

Lunes miró el producto de mi eyaculación ensuciándole los zapatos italianos y no pudo evitar cruzarme la mejilla con un cachetazo que me dejó escuchando un chillido en el oído izquierdo y se me erizaron los pelos del brazo. Bajé los ojos y no pude evitar observar su erección apretando la bragueta del pantalón.

—¿Qué mierda hiciste, puta?

Lo miré a los ojos y sonreí. Sabía, sin certezas, con intuiciones, que de esa manera iba a provocarlo más. Junté saliva en la boca y le escupí la cara, cerca del ojo. Lunes me tomó de los pelos y tiró para abajo hasta que me puso de rodillas. Camino al suelo, mi mejilla rozó su verga dura detrás de la tela suave de su pantalón. El calor volvió a hundirse en mi estómago, camino a mi vagina que todavía estaba mojada de *squirt*.

—Ahora vas a limpiar eso, putita.

—No quiero.

—Vas a limpiarlo con la lengua.

—No.

Lunes levantó la pierna izquierda, cuyo zapato no había sido alcanzado por

el poder de mis jugos, y colocó su pie sobre mi nuca. Con eso logró que mi cara se estrellara contra su zapato derecho.

—Lamé eso.

—¡No!

Nuestra conversación era un susurro. Un murmullo gritado, urgente, balbuceado pero comprendido por ambos. Desde el exterior debía sentirse como el movimiento de cientos de termitas comiéndose los marcos de las puertas; era nuestro deseo finalmente desatado, multiplicado, desmenuzado y encontrado, la conexión fantasma del entrelazamiento cuántico que nos trajo de rincones opuestos del universo para afectarnos el uno al otro con las propiedades faltantes. Porque, como decía Oscar Wilde: «*los genios pueden dominar el caos, sólo los tontos necesitan el orden*» y esos éramos nosotros, los putos amos del caos.

PARTE DOS

LUNES

«Gut und Böse gibt es nur bei der Freiheit zum Ungehorsam»*

Erich Fromm,
«Die Kunst des Liebens», 1956

*«El bien y el mal sólo existen si hay libertad para la desobediencia»

Erich Fromm,
«El arte de amar», 1956

1

Quiero saber qué tienen las cosas por dentro pero me cansé de abrirlas. Ya no quiero abrir lo mecánico, ya entendí. Ya entendí un circuito, entendí un engranaje, entendí una computadora, entendí cómo fabricar una silla, entendí los componentes químicos de todo. Entendí lenguas que no me sirven para nada porque aquí todos hablamos la misma lengua, excepto por los textos que adrede quedaron sin traducir en la RACK. Entendí cómo palpita el corazón de un mono cuando lo anestésico y lo abro, cuando meto mi mano y sostengo el órgano latiente y permanezco saboreando cómo se extingue la vida en mi mano. Ya comprendí la mirada de un cachorro cuando lo asfixio lentamente en mi puño y lo veo apagarse, incomprensivo, incomprensible. Las cosas sin raciocinio no me interesan. Si de todas formas, la muerte no tiene belleza. La belleza está en todos los instantes previos a la nada. La belleza está —o debe de estar— en la comprensión absoluta de dejar de ser. Si fuera posible un momento de iluminación, un *kairós* definitivo, ha de ser justo en la milésima de segundo en que la vida pega el último coletazo, en esa mirada vidriosa que está a mitad de camino entre el más acá y el más allá

Puedo armar y desarmar una bomba, sé cómo funciona. Lo sé porque puedo pagar para que la RACK no me filtre esos contenidos. Puedo ver cómo era un cuerpo cercenado, puedo presenciar una violación, puedo observar una tortura o un aborto. Segundos de ello, porque la vieja WEB no es compatible con la tecnología actual, por lo cual toda información está comprimida con *códecs* que no corren con fluidez. Puedo conocer un fragmento de quince segundos de cada una de las aberraciones que se cometían en el pasado, pero no puedo recrearlas, no puedo dramatizarlas ni saborearlas.

No puedo abrir cuerpos para verles la calidad de rojo palpitante. Este sistema de mierda no nos deja sangrar ni nos deja sufrir ni nos deja provocar

nada que no quiera él, el sistema de mierda. Nos queda nuestra cabeza y lo que podamos pagar para que los deseos dejen de rebotar contra las paredes del cráneo y puedan convertirse en algo que vibre.

Los ricos intentamos crear un no-lugar donde satisfacer nuestras parafilias, pero el gobierno no aceptó. Nos amenazó con «la pena que nadie conoce» y así nos dejó mansos. No quiso liberarnos ni otorgarnos desechos, hombres-bestia o putas artificialmente drogadas para nuestro disfrute. No quiso que pudiésemos comprar la concreción del deseo porque el régimen necesita tener una herramienta de control asible, más allá del cuerpo o, mejor dicho, en toda la extensión del cuerpo, porque el cuerpo es, en definitiva, lo único que tenemos y que nos contiene. Así el gobierno logra que comprendamos que la libertad de los ricos es simplemente una ilusión, una correa más suelta, unos metros más de pasto. Sólo eso.

Me llamo Lunes. Soy el segundo hermano de una familia de cinco hijos. Enero, Lunes, Primavera, Diez y Mediodía. Los ricos podemos divertirnos con bromas ridículas, aún a costa de arrastrar a nuestra propia prole a la ignominia. Lo hemos hecho con los sitios de moda para emborracharnos, drogarnos o vacacionar, con la música que escuchamos, con los *devices* que elegimos, con las mujeres con las que nos casamos. Siempre llevamos el ridículo un paso más lejos, nos volvemos la referencia del vacío, el mejor ejemplo de la nada, llenando el aire de perfumes y estampados de *animal print*, creando tendencias, imponiendo palabras y poses y cortes de cabello y lo venimos haciendo desde el principio de la historia. La estupidez del poderoso necesita ser una pandemia, aunque al pueblo le toque una copia llena de defectos, defectuosa y más peligrosa que, finalmente, los termine matando, porque no hay arma de destrucción masiva más potente que la imitación barata de la estupidez.

Mi esposa, elegida escrupulosamente, pelo por pelo, un buen día se fue con otro, pero eso no importa porque me quedé con los derechos de su imagen. La liberé del yugo a cambio de que me dejase mantener el matrimonio ficticio de siempre. Nadie sabe que Lorna se fue de casa con un plomero; todos creen que toma sol al borde de la piscina porque eso es lo que hace la muñeca híper realista que fabriqué de ella. No me acompaña a lugares porque está ocupada. Trabaja mucho y descansa mucho la pobre Lorna de mentira. De todas formas, el matrimonio siempre fue un invento para mantener feliz al sistema. Que

Lorna sea real o no lo sea, da lo mismo. No logré fertilizar a Lorna y todavía tengo unos años hasta que me obliguen a adoptar al niño rechazado de otra familia y a programarlo a mi gusto. En unos años pienso matar a la Lorna de utilería —a la que llamo Phony Lorna—, realizar un velatorio precioso y entonces seleccionar algún niño que me acompañe, un niño robusto, lo más cercano a la adolescencia que encuentre. Un niño que pueda defenderse solo y que no me despierte la necesidad palpitante de abrirlo al medio, de sacarle los jugos, de meterle el puño hasta que se rompa. Un niño a quien no quiera darle una epifanía final.

Lorna se fue con un plomero porque se asustó. Lorna vivía asustada de mis sueños y mis estertores nocturnos. Traté de controlarlos con las píldoras moradas que me recetó mi médico privado, pero en algún momento de la noche los tranquilizantes abandonaban su efecto y mi cuerpo producía espasmos potentes que atenazaban el cuerpo de Lorna. Mis extremidades la buscaban en la cama *King*, la alcanzaban para apretarla y ella debía escaparse de mis — literales— garras. Eso era un detalle menor. Lorna se fue porque sabía que iba a morir en mis manos, y yo también lo sabía. Por eso la dejé ir sin quejas y con el contrato firmado. Lorna era mía, al menos la única parte de Lorna que me era útil para mis propósitos.

Mis propósitos tenían que ver con entender el dolor y entonces encontré a Nietzsche. Es una tontería decir que lo «encontré», pero es que en la RACK no hacían alusión directa a él y fui llegando por las *migajas*. Las *migajas* son pequeños indicios que dejaron los encargados de esconder la información de la WEB. Son nombres que se deslizan subliminalmente en otras frases, que se asemejan a errores de tipeo o referencias que se pierden en notas al pie, inexistentes. Esas *migajas* sirven para que los *neo hackers* puedan encontrar las pistas en la WEB para vender la información a tipos como yo. Para llegar a Nietzsche tuve que toparme con otros filósofos, como si esos tipos fueran los guardianes de las puertas del conocimiento. Se llamaron «los existencialistas» y creo que hace unos años hubo una banda de cumbia metalera con ese nombre, antes de que el rock con clave de Müller fuese implementado por el Estado como música oficial. No estoy seguro porque la RACK tiene entradas contradictorias al respecto. Es algo que viene sucediendo hace un tiempo. La RACK pasó de ser el espacio de la infalibilidad de la información a cargo del Estado, a convertirse en un nuevo sitio donde la información puede o no ser

confiable o, por lo menos, reviste errores y omisiones que el régimen no debería permitir. Quizás el régimen esté ocupándose de alguna otra cosa y por eso no lo sabe/no le interesa castigar al/los responsable/s. Quizás los responsables sean más astutos que el régimen. Quizás sea sólo mi imaginación paranoica, que ve gérmenes revolucionarios donde no hay nada.

Mi búsqueda, comenzó, entonces, buceando en los existencialistas, con Kierkegaard como el primero de ellos. La angustia y el pecado. Apenas hago clic, paso al próximo integrante de la banda y me concentro en comprender qué instrumento toca. Se llama Heidegger y habla de *Sein* (el ente sin conciencia de sí mismo) y *Dasein* (el hombre, que hace preguntas y se relaciona con el mundo). Entonces llega el momento musical del *solo* del señor Jean Paul Sartre quien se acomoda los lentes para hacer foco en los delincuentes, en los homosexuales, los drogadictos, los condenados a muerte, y los separa del resto como los únicos individuos con un proyecto, los únicos capaces de ignorar las normas y seguir un camino basado en sus convicciones personales. «Voluntad pura, libre de propósito, sin lujuria por el resultado» o algo similar decía el ocultista Alesteir Crowley. El hombre está condenado a ser libre pero bajo la responsabilidad de cagarse en todo y seguir su proyecto, porque sí. *Just because*.

Entonces, cuando el reflector principal se posa sobre el cantante y va a comenzar su parte, el vocalista *glam* es Friedrich Nietzsche, quien nos mira a los ojos para gritar al micrófono, en un estadio lleno de cientos de miles de fans —o yo solo— que la única afirmación de la vida es a través del sufrimiento y la destrucción de la misma. El hombre superior, para herr Nietzsche, lo es en tanto se impone y llega a dominar a los demás a través de la destrucción y la crueldad. Sería injusto de mi parte resumir el pensamiento existencialista de un Nietzsche retaceado y desmenuzado al que tuve acceso en estos años. Dios ha muerto y otros grandes éxitos. Nietzsche en *quotes*, para las mentes débiles. Pero es lo que hay en la RACK y en la WEB, es lo que consiguen los *neo hackers*, es lo que coseché a lo largo de varios años de inversión. Lo que me supieron dictar los hombres-bestia, que estudian junto al fuego, como una caricatura de sí mismos. Lo que leí y releí para luego aprender de memoria como un mantra, como un rezo, como la única religión que me sentía capaz de profesar, fueron sus palabras de «*Jenseits von Gut und Böse*»

«¿Y vale vuestra compasión para la “criatura hombre”, para aquello que hay en ella que tiene que ser formado, quebrado, forjado, arrancado, quemado, recocado, purificado —para aquello que necesariamente tiene que sufrir y debe sufrir?— (...) Lo que constituye el doloroso placer de la tragedia es la crueldad; lo que conlleva un efecto gozoso en la así llamada compasión trágica, y de hecho incluso en lo sublime y hasta en el tremor más elevado y tierno de la metafísica, (...) recibe su dulzura únicamente del añadido ingrediente de crueldad»

Nietzsche se volvió el nuevo mesías para mí. Yo debía seguir su evangelio al pie de la letra, porque sus ideas representaban, en parte, todo lo que buscaba como propósito. Él lo dijo primero, luego lo siguieron Foucault, Fromm, los pre-modernos que decidieron que el cuerpo y el dolor eran materia de estudio. Debe haber más ahí adentro. Más tipos que diseccionaron el cadáver de lo que yo siento en el cuerpo y cada vez se me hace más difícil evitar. No quiero tener sólo el dominio de mi mente y dejar que los proyectos se consuman ahí y se vuelvan ceniza, no. Quiero ser Abadón el destructor, el general del imperio de las tinieblas. No quiero que el Estado regule mi cuerpo, esconderme para enfermarme, seguir vendiendo una esposa que no existe, un trabajo digno, un médico esclavo. No quiero. Porque todo eso que me imponen viene de muy lejos. Porque este régimen al que no elegí, me vuelve un número. Si no existiese «la pena que nadie conoce», si no tuviese tantas sospechas sobre su naturaleza, si no conociera a alguien que fue sometido a ella y nunca volvió (o incluso quizás volvió pero no como hombre) me ocuparía de torturar personalmente a todos aquellos que alguna vez profesaron una religión capaz de pensar:

«¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, honren con su cuerpo a Dios»

1 Corintios 6:19-20 Nueva Biblia al Día (NBD)

2

Irma. Yo debía haber intuido que de alguna manera los fenómenos nos encontramos. Debe ser así, para no vagar por el mundo. Y de alguna manera los fenómenos no queremos salir de las fronteras de la ciudad y unirnos al circo de los hombres-bestia porque valoramos la civilización y porque queremos que la norma se pulverice dentro del sistema mismo. No seríamos felices si hubiésemos encontrado el no-lugar que le pedimos sin suerte al régimen, un sitio donde ser monstruos en libertad, en clubes, en circuitos, en recitales de actos aberrantes. No quisiera tener que ir a un galpón donde hubiese gente que se dejara lastimar por dinero o droga. Esa posibilidad fue mera fantasía, como tener sexo con una puta que se empeñe en hacerte creer que te ama, que sepa anécdotas de tu vida, que te cocine aquello que te gusta, que se vista de tu color preferido y que nunca cometa un error. Una esposa.

Irma. Salirnos de la norma. Ser a-normales. Anormales. Excluidos en la antigüedad, incluidos a la fuerza por la corrección política. Todo lo que no es normal o no está normalizado, es decir, institucionalizado, es patológico. Pathos. Enfermo. La enfermedad es, por definición: una desviación del estado fisiológico en una o varias partes del cuerpo. Es la alteración estructural de alguna parte u órgano. Algo se sale de la norma (salud). Anormal.

Lo que se enferma es la mente porque el cuerpo ya no. No debería. El cuerpo reglado, institucionalizado, no tiene por qué enfermarse. Yo lo enfermo adrede porque necesito sentir más allá de la cáscara que se me designó biológicamente, como Irma necesita sentir que la cáscara se rompe.

El cuartucho dejó de ser el centro de operaciones del intercambio de terminales o cadáveres. Dejé de interesarme por el contagio. Los venéreos habían sido la distracción. Como las orgías a ciegas. Como las cacerías con los hombres-bestia que asan la carne con la madera de pinotea de las

mansiones que quedaron en las afueras, en la región inhóspita que les quedó de regalo, casi sin leyes, con el cerco que los separa de nuestros barrios cerrados. Más allá de ellos están las fronteras con los países. Más allá de ellos están las antiguas democracias convertidas en sociedades populistas donde las las inteligencias artificiales están al servicio del pueblo y no a la inversa como acá. Parece una leyenda imaginar que más allá de la región de los hombres-bestias existe un gobierno grande o agrandado o engrandecido que acumula riquezas para repartirlas, que capta los mejores cerebros de un mundo que, dicen, viven una continua guerra por recursos que ya no tiene. No sé qué de todo es cierto. Lo sé por las *migajas*. Noticias de un mundo aparentemente feliz que me suena a cuento de hadas. Nosotros vivimos en la tecnocracia perfecta que nos vendieron los medios de comunicación. Mansos y obedientes en la capa más superficial de nuestra identidad. Aquellos ciudadanos de los países con nombre deben estar más allá de los conflictos sobre el placer y el dolor, de los intentos vanos de rebeldía física. Mis intentos quedaron atrás. Eran placebos de cuando no me era permitido provocar dolor, hasta Irma.

La espero junto a la puerta para secuestrarla. Para que nadie en la calle la vea aguardando a la par de mi casa. Aunque ya tenga a los custodios autorizados a dejarla pasar cuando cae el sol, no puedo extorsionar a los vecinos. Siempre me miraron con sospecha. Siempre miraron a Lorna con sospecha, incluso cuando era real. Por eso no puedo ni debo arriesgarme más. Intuyo que la anciana de al lado lo sabe, lo escucha o lo adivina. No puedo hacer nada con mis paranoias a prueba de balas. Me sosiego pero no resulta. Igual creo que la anciana me mira diferente. Si lo pienso, siempre me miró diferente. Quizás porque tengo la sensación de que la insonorización de mi casa no alcanza para callar mis gritos. Pero eso no importa, porque Irma.

Ella se acerca. La huelo a varios metros, o bien siempre estoy allí, calculando los pasos que nos separan. Comienza el cosquilleo cuando pisa mi calle y vamos contando centímetros y tratando de calmar la respiración. Intentando sosegar la vibración para que no sea visible a los peatones que, sin embargo, sé que la miran, sé que la miran porque libera ese aroma de perra en celo, imantada por mi pija magnética, la pija que la guió desde el momento en que clavé mis dedos en sus muñecas, le trabé la nuca con el antebrazo y la hice gozar como la puta dominada que siempre quiso ser.

Ese día yo tenía quince minutos entre una reunión y otra y la obligué a venir desde su casa caminando a beber mi leche, con la instrucción de no perder una gota, de no mancharse la ropa y de no quitarse la bombacha.

Mientras la empujaba, la arrastraba lejos de la puerta, de la cámara de vigilancia que la apunta desde la cima para mostrarme una perspectiva de su frente, de sus pechos pequeños, de la punta de sus pies, desde ese lugar cercano a la puerta donde cada día mal contengo el impulso de desnudarla de cara a las baldosas verdosas de la vereda, donde cada día la reprimo con la mirada mientras me clava la lengua en la garganta, conectándose con uno de mis puertos, ella cerrando los ojos sabiendo que en el retroceso no va a caer, o quizás sí caiga y pierda materia gris sobre las baldosas de mi patio pero de todas formas me la voy a coger, me voy a coger su despojo o lo que yo deje, porque algo eléctrico quedará para que en los temblores de la agonía todavía consiga apretarme la verga con su vagina.

Finalmente lo que la obliga a abrir los ojos es el sonido metálico —leve, breve— de la primera pulsera que atenaza su muñeca derecha. No lo sintió antes porque ya había tomado posesión de su muñeca con mi mano e introducía mi muslo entre sus piernas para presionar su vulva, como hice involuntariamente aquella primera vez en el cuartucho del hospital. Se nota en su expresión que ella desconoce cómo es que coloqué la otra pulsera y más aún cómo hice para envolver su cuello con un collar de perro. Ya estábamos junto a la reja que sirve de prólogo del interior de mi casa cuando escuchó el último *clanck*, el del gancho que unió ambas muñecas al collar de perro. Así la empujé hasta el piso, donde cayó de rodillas con dolor —lo supe por su gemido de placer— y pudo ver que mi verga ya estaba fuera del pantalón, aunque ya estaba ahí desde que abrí la puerta o quizás antes. Quizás siempre, pero mis manos, mi lengua, mis dientes la distraen. Y si lo pienso, mi verga siempre está fuera del pantalón, desde la primera vez que nos vimos, pero es que aún no se nos había hecho visible para nosotros ni lo es para las otras, las otras putas que no saben todavía que me desean y que no me podrán tener porque soy suyo en toda la armonía que puede/debe/quiere matarnos.

3

Con sus fragmentos de la Santa Rita le hice un collar. Un collar con pequeñas espinas que debía llevar puesto todo el tiempo. Podía cubrirlo con un pañuelo, una bufanda, un cuello, pero no tenía permitido quitárselo. Me enviaba fotos cuando yo se lo pedía. En las fotos me dejaba constatar que llevaba el collar de perra sumisa y sufriente. Me mostraba las cicatrices que nunca cicatrizaban. La piel calada de sangre, suero, pus. Continuamente lacerada. Un infierno ambulante. También tenía que mostrarme que se excitaba. Enviarme fotos de su bombacha manchada de flujo. A demanda. Cuando yo quisiera.

Ese lunes la obligué a faltar al trabajo y venir a casa. No sabía cómo decirle que no había logrado quitármela de la cabeza todo el fin de semana, que si no la había contactado antes era por una especie de orgullo masculino de que ella pensara que yo tenía el dominio. Yo no tenía ningún dominio, nada. Estaba babeando, encerrado, acorralado entre los muros con la muñeca de Lorna que me juzgaba desde las cuencas vacías de sus ojos de maniquí. Porque ya me había visto cogerla y gozarla y golpearla y penetrarla y besarla y amarla. *Phony Lorna* sabía que yo la amaba porque no podía dejar los ojos abiertos mientras la besaba.

Siempre besé con los ojos abiertos para verlo todo. Ver los movimientos de la otra piel de tan cerca, ver la locación, las variaciones de la luz, las cejas, los párpados, las contorsiones de las mejillas, ver el trayecto de las manos, ver el movimiento de los árboles con el viento, las pecas o las nubes surcando el cielo. Ver, sobre todo, las venas violáceas que prometían el flujo de sangre tan cerca, percibir la fragilidad de la piel del rostro, la facilidad con la cual podría hundir mis uñas en esos párpados relajados y así sentir el sonido viscoso de los ojos quebrándose. Ver algo más allá de lo que pudiera ocurrir en el interior de mis propios ojos, en la oscuridad de mis párpados sin

horizonte. De los ojos vivos, míos, abiertos, atentos, que no arrancaría, sobre los ojos del otro, que para mí ya estaban muertos, aplastados y devorados.

Mi rostro nunca se acerca lentamente al suyo para besarla. No hace pausa, no es contemplativo. No fue así ni la primera vez. Mis besos le comen la cara, le devoran las entrañas, la lengua como una entidad extraterrestre penetrándola desde la cabeza. Mis besos son la urgencia de poseer lo imposible.

Mi boca se conecta para robarle el alma y *Phony Lorna* me pregunta desde sus ojos de plástico quién es este hombre que se pasea como león enjaulado esperando que la Tierra gire dos veces sobre su eje para respirar profundo, llamar a una mujer y maltratarla como si no le importara.

Irma a veces no sabe seguir mis indicaciones, no comprende los dictados de mis comandos, porque sé que le hablo cuando tiene la mente embebida en el éter del deseo que le genera estar en mi cama.

Sulfatada.

En shock.

Le hablo en un idioma de programación que se supone que tiene que conocer, pero al mismo tiempo le inserto un consolador escamoso en el ojo del culo y ya no conoce de idiomas, ya no ama lenguajes sino lenguas. Cuando sufre no puede pensar. Cuando no piensa me mira con ojos idiotizados, ojos de vaca complaciente, como las vacas que tienen los hombres-bestia, y entonces sé que logré dominarla en su totalidad, que basta con volver a calzarme el anillo testicular al que le adicioné espinas de la Santa Rita y entonces perder mínimamente el control para matarla.

Sé que puedo desangrarla de múltiples maneras, dejarla morir en mi casa y pedir al médico o a uno de los custodios que se hagan cargo de sus restos.

Sé que puedo cavar en sus entrañas, masturbarme con la verga envuelta en sus intestinos.

Sé que puedo meter la cara en su pulpa y bañarme en todos sus jugos.

Sé que es ella.

Ella lo permitirá.

A veces creo que Irma me mira y me está pidiendo que la asesine de una vez, pero otros días creo que es una fantasía mía y *Phony Lorna* está allí para recordarme que las mujeres son frágiles e impredecibles, que no siempre saben lo que quieren o a veces ni siquiera quieren lo que quieren.

Me limité a enviarla al baño de rodillas. Le corrí el pelo de la cara y meé sobre su cuerpo. Sus tetas, sus hombros, su cuello, sus mejillas. La obligué a abrir la boca y tragarse el último chorro que sacudí dentro de sus fauces. Tuvo el impulso del vómito y le cerré la boca. Si vomitó, se lo tragó. Como los perros.

La empujé bajo la ducha para que se quitase toda la mugre. La mía y la suya.

Antes de que terminase de secarse, la arrastré de un brazo hasta la cama. El sólo hecho de verla subsumida a mi voluntad me incendiaba de deseo.

Nunca fui un tipo tan sexual. Todo se reducía a las imágenes que debía compaginar en mi cabeza para mantener una erección y las imágenes que debía proyectar en *loop* para que la erección terminase en eyaculación. Nunca logré excitarme realmente con lo que tenía delante, con la textura de un pezón, con el olor penetrante de una vagina untosa, con los gemidos trémulos, ni aunque no fuesen fingidos. Siempre me excitó la idea de la violencia del acto sexual y no todas las implicancias prácticas, aeróbicas y espaciales del sexo en sí. Una paja es una entidad mil veces más precisa y efectiva. Pero lo que tenía el sexo con Irma era esa posibilidad de controlar cada partícula del placer para los dos. Su pasividad era activa porque la volvía el objeto y el sujeto de mi morbo. Porque la única forma de existir y lo único que nos justificaba como mamíferos, era la existencia del otro. El resto del tiempo era irreal, la vida proyectada en una pared oscura, donde los contornos no se distinguen y el audio es en un idioma extranjero. Queríamos vivir en las pausas de esas películas, en el espacio entre un plano y otro, en el microsegundo donde hay oscuridad porque en la retina no persiste la imagen. En ese microagujero cuántico donde nadie cree que podrá vivir, allí es donde Irma y yo quisiéramos establecer domicilio.

4

De todas formas no hubo posibilidades de establecer ningún domicilio porque nos vinieron a buscar y nos encontraron fácilmente. Ninguno de los dos pudo prever que Irma sangraba y que las heridas de su cuello apestaban y se volvían cada vez más difíciles de disimular. Que podíamos/debíamos ser denunciados. Ya no alcanzaban las píldoras amarillas para contener las infecciones que tanto nos excitaban. La piel pulposa y enrojecida alrededor de las llagas. En realidad no es que no hayamos podido preverlo, simplemente lo ignoramos porque los chancros se volvieron parte de nuestra rutina sexual. Cada día se nos hacía más difícil separarnos y realizar las actividades que la sociedad y el Gobierno esperaban de nosotros. Queríamos estar juntos, respirar el mismo pedazo de almohada, sin hablar, durmiendo o cogiendo. Comiendo y cagando como cuestiones meramente biológicas, envueltos en el olor podrido de nuestros cuerpos que lavábamos tan sólo a veces, cuando era absolutamente necesario, porque la realidad es que nos gustaba sentir las salpicaduras de semen que se despegaban en lámina de las nalgas de Irma o los lamparones de saliva vieja que me enredaban los cabellos, formando una rasta. La sangre y los fluidos tatuando los cuerpos, formando costras que se removían al ser reemplazados por fluidos frescos. Nos bañábamos porque ardía de una forma que no era erótica, simplemente por eso, porque ya estábamos embebidos en los olores mutuos sin poder distinguir quién apestaba a qué, dónde comenzaba un miembro y terminaba el otro o a quién pertenecía la sangre pegada, sin saber si era herida o mancha.

Irma adoraba que le atenazara los brazos con mis estertores de las siestas, no quería escapar de mis garras y me obligaba a dejar los somníferos para sentir mis espasmos todo el tiempo; yo le cambiaba los paños cuando la fiebre de las infecciones era muy alta, la escuchaba delirar con una sonrisa en los

labios. El médico privado me miraba con cara de reprobación pero nada importaba, ni siquiera vestirse. Recibía al médico con la verga siempre a media asta, como me la mantenía la presencia de Irma en la cama, en la cocina, en el estudio, en todos los espacios. A veces ni siquiera podía esperar a que el médico se marchara y ya necesitaba meter la pija muerta dentro de la garganta de Irma, obligarla a atragantarse y lubricarme con esa saliva espesa que sale de la glotis.

Pude tener sexo anal con Irma cuanto quise. Sin usar ungüentos ni anestésicos, mi pija demasiado grande para su pequeño orificio laceraba siempre la entrada a su culo, la obligaba llorar con ruido, rogar que me detuviera, pero yo no lo hacía nunca. No dejaba que su culo sanase antes de volver a penetrarla. Amaba doblarla al medio, colocar sus propios tobillos junto a sus orejas y observar sus lágrimas y su boca desencajada con cada embiste y que sus orgasmos me apretasen la verga adentro y luego verla salir corriendo a un rincón, perdiendo semen y sangre, a vomitar. Debía dormir de costado porque las laceraciones no le permitían ciertas posiciones en la cama y ni hablar cuando nos sentábamos a comer. Ella comía parada, en un rincón, disfrutando, de todas formas, del dolor perenne que le daba a su cuerpo todo, sin tener que brindárselo ella misma o rogármelo. Yo vivía para su dolor y para su placer, porque eso la hacía mía y me hacía suyo.

«Voluntad pura, libre de propósito, sin lujuria por el resultado»

Podía cogerla y dejarla atada y no eyacular nunca. Agotado, viejo, con mi cuerpo de más de cuatro décadas desfalleciente. Irma apenas me hablaba, pero cuando lo hacía se limitaba a responder mis preguntas o rellenar mis pensamientos. Mi miedo a que el cuerpo fallase, a las manchas de vejez que ya decoloraban mi brazo izquierdo, al *crac* de los huesos, a las canas de mi pubis. Ella me decía que el deterioro del cuerpo no la asustaba. Amaba los defectos de la máquina, las manchas de la piel emergiendo, el crujir de los engranajes, sus cicatrices, venas explotadas y arrugas. Le gustaba mi cuerpo gastado por el uso. Los surcos, las estrías. Las huellas que demostraban dónde y cómo fue vivido. Luego de decirme estas cosas y recorrer mis imperfecciones con la punta de los dedos, la voz trémula, la boca jugosa y los ojos húmedos, clavados en los míos, queriendo que leyera en ellos cuánto me amaba y yo lo leía, fuerte y claro, y entonces ella callaba y yo le cruzaba la cara con un cachetazo que la dejaba sorda, porque era incapaz de decirle lo

que quería decirle o lo que debía decirle, el «yo también» que me apretaba la garganta; entonces volvía a marcarle las nalgas de cardenales azulados, trabar sus brazos y apretar su boca contra el colchón, al borde de la asfixia, siempre al borde de todas las sensaciones *border*. Y la penetraba con la pija semi erecta, apretando la base para darle consistencia, pero se me paraba apenas rozaba su vulva hinchada y enrojecida de tanto embiste y tan poca higiene.

Así nos encontraron los agentes cuando tiraron abajo la puerta con ayuda de los custodios que resultan ser sobornables hasta que la ley les aprieta el cuello y entonces se vuelven blandos y se horrorizan y sacan fotos para mostrar en las reuniones familiares. «Mi jefe es indecente y quebrantó la ley», dirán. «Mi jefe juega con el límite del dolor. No puedo imaginar las aberraciones que hace mi jefe en su casa. Mi jefe es el demonio» Y así, fingiendo que no sabían, que no veían entrar a una mujer al borde de sus fuerzas y muchas veces no salir por días, negarán con la cabeza, indignados por tanta indignidad. No importa, ellos son inimputables. Son «productores productores», son cosas.

Los agentes llegaron hasta nosotros por una denuncia del trabajo de Irma. Porque Irma pedía días de licencia constantemente y cuando aparecía por la fábrica, su sombra apenas se proyectaba en la pared.

Irma creyó que el deseo iba finalmente a matarnos y se hubiese entregado a esa sensación. Lo que no podía permitir es que fuera el régimen el que tomara posesión de nuestras personas. Así que era hora de activar el plan. Para eso existió desde siempre.

PARTE TRES

ENERO

«Los etíopes plasman a sus dioses negros y de nariz respingada; los tracianos dicen que los suyos tienen los ojos azules y el pelo rojo. Sí, y si bueyes y caballos o leones tuvieran manos y pudieran pintar con ellas, y producir obras de arte como los hombres, los caballos pintarían a sus dioses con forma de caballo y los bueyes con forma de buey»

Jenófanes de Colofón

(Nota de Enero: Quizás la cita no sea exacta. Se desconoce la relación de Jenófanes con Parménides, discípulo de Platón. Incluso algunos dicen que fue pitagórico y otros lo niegan. Tal vez fue la inspiración de Nietzsche en el momento de dictar su frase: «El Hombre, en su orgullo, creó a Dios a su imagen y semejanza» o posiblemente no. Todo es relativo)

1

Yo sabía todo lo que tenía que hacer. Lo pasamos y repasamos desde que Lunes supo que yo iba a trabajar para la RACK, porque papá colaboró con la instauración definitiva del régimen en esta región y porque desde niño vieron cuáles serían mis talentos para la programación, por eso se quedaron conmigo y no con los otros hermanos despreciados. Recibí el alerta en el mismo momento en que los agentes patearon la puerta de Lunes. Tarde o temprano sucedería y estábamos listos para activar. Cada puto minuto del día mirando de reojo el dispositivo, esperando que finalmente se disparase la alarma, listo para reaccionar al instante.

Durante los últimos veinte años, contacté a Lunes con 1028 supuestos *neo hackers* aparentemente desparramados a lo largo y ancho del mundo. Ninguno de ellos existía. Eran 1028 nombres de guerra inventados por mí. De un 20% de estos supuestos individuos, Lunes tan sólo extrajo información inútil, es decir, data que tenían relación con sus apetencias intelectuales, sus obsesiones y filias y no con nuestros planes, aunque hubiésemos ensayado esos mutuos procedimientos sin parar durante los años que convivimos. No aceptaba mis consejos ni menos mis reprimendas. Me negaba una y tres veces. Nadie sabía de mi existencia en el universo cerrado de su vida. Lunes jamás permitió represión alguna de parte de nadie. Al menos no de una manera que él pudiese detectar. Yo sabía obrar con paciencia y en escala minúscula. Goteando. Insignificante. En las sombras, atomizado.

Lunes cree que le obedezco, pero no sabe. No sabe nada. En realidad, no sabe que en el fondo, trabajando para la RACK, soy como la RACK; le retaceo información, le dejo apenas las migajas que necesita. Si cree estar en control es porque puede hacer uso de ese 20% con el que le permito entretenerse en la búsqueda de filósofos o la apreciación de sus videos de

violaciones, torturas y prácticas aberrantes. Lo dejo creer que sabe construir una bomba o diseñar una fórmula de una droga de diseño. Lo dejo creerse sabio y hacer uso de su hipermnesia. Eso sí lo tiene y es de gran utilidad, aunque adormezca otros sentidos emocionales. ¿A quién le sirven las emociones en este momento de la historia? Con esa dosificación de la información, construyo la posverdad que tanto cree que necesita. Él es una víctima más, la diferencia es que la verdad la manipulo sólo yo para él y sólo yo le hago creer que rompe una regla y que accede a más conocimiento. Así se construye un líder, dejando que crea que se erige solo. Dándole el valor de suponerse todopoderoso y no un títere. Pero es él quien tiene el carisma y el deseo. Él es quien puede operar y canalizar el poder. Yo apenas consigo hacer excelentes análisis, mover datos, programar ruteos, burlar cortafuegos, predecir contraseñas, cosas básicas de hacker.

Puedo hacer eso desde un escritorio, sin nadie que me regule. La RACK confía en sus agentes. Confía en mí, que estoy a cargo de todos ellos y que tengo una oficina arriba desde donde puedo mirar hacia un infinito mar de cabezas gachas controlando códigos binarios. Un panóptico. Un cliché. Pero un universo que se regula a sí mismo necesita funcionar en base de lugares comunes.

Dejemos algo en claro antes de continuar: la RACK sólo existe en esta región. Allá afuera, más allá de la frontera de los llamados hombres-bestia, existen países que continúa utilizando la WEB. Sólo que esta parte de la historia fue censurada para los cines locales. Yo trabajo para otros países como asesor programático. Conecto grandes servidores, triangulo señales, manejo paquetes de información relacionada con implantes biológicos. Soy un habitante de cualquier mundo. Bastaría cruzar la frontera para cambiar definitivamente de realidad y volver a vivir como un ser humano. Ese es el plan. Pero primero, lo primero.

No hablaré más de mi trabajo que no le interesa a nadie, ni a mi mujer ni a mis dos hijos. Ni a mis amigos. Para cualquier otro, soy un mero agente gris del Estado. Mi trabajo sólo le importa al binomio compuesto por Lunes y yo, vuelto triunvirato, mal que me pese. No pude evitar que esa chica entrase en su vida y se convirtiera en un catalizador, culpable de la aceleración de la inevitable reacción que nos llevaría a este momento, momento en el cual Irma está anestesiada en una habitación repleta de idénticas camas con personas que

duermen sin sueños y Lunes está en una celda.

Esos son detalles.

Había que lograr que finalmente Lunes entrase en el sistema, rompiese la norma. Y debía ser de una manera natural. «Natural», es una forma de decir. Irma fue perfecta. Fue una coincidencia *made in heaven*. Lo llevó al límite de la experiencia. No había nada superior a eso para desarrollar todas sus habilidades de mando y dominación. Si la hubiese programado para él, no podía salir mejor. Nunca imaginé que iba a ser una mujer. Bien sabía que el sexo *per se* no le interesaba, que no encontraba disfrute en el acto ni con hombres ni con mujeres ni con bestias. Una mujer, quién hubiese pensado...

Lunes no sabe tantas cosas como cree. Cree que sabe tantas otras que desconoce. No tiene importancia. Había que mantenerlo en el umbral de la ignorancia, una ignorancia ciega sorda muda ultra religiosa, mirándose el ombligo y masturbándose con su propia pelusa, aprendiendo ávidamente, volviéndose ominoso. Solamente podía conectarlo si lograba entrar al sistema, pero tampoco podía traerlo graciosamente adentro. Tengo algunas limitaciones menores porque las máquinas todo lo observan y transmiten más allá de mi control, pero con los años que llevo trabajando para gobiernos extranjeros, son casi despreciables. Sabía que tarde o temprano, por una cosa o por otra, él caería. Las migajas lo atraerían. No esperaba que fuese a enamorarse, nadie podía esperar eso de él.

Lo observé detenidamente durante años. Desde el momento en que nos separaron de casa y me enviaron como aprendiz a las oficinas de la RACK. Mi ascenso fue meteórico porque, en definitiva, no tenía otro motivo para vivir. La RACK y las órdenes me llevaron bien lejos de la casa familiar donde mi hermano y yo nos volvíamos subversivos, escapando para convivir y aprender de los hombres-bestia y quebrando códigos de seguridad para encontrar orificios de información no regulada donde meter las narices. Él explorando rarezas que lo excitaban, yo buscando quebrar el sistema. Dos anarquismos totalmente diferentes. Y la diferencia radicaba en que yo apenas si tenía el don del habla y él podía convencer a una piedra de volverse arena voluntariamente en segundos. Él era, casi literalmente, el comienzo de una semana después del descanso. Yo era el mes donde la rueda vuelve a girar y nos depara un año igual de malo que el anterior.

2

De alguna manera Lunes estaba esperando que el régimen aplicase con él «la pena que nadie conoce». Me las ingenié para que le temiera sin saber qué podía ser.

Nadie lo sabía.

Si en la antigüedad la forma de castigo tenía que ver con el escarmiento, con la violenta exhibición de mutilaciones, de asesinatos en diferentes cadalsos, empalados, decapitados, ahorcados, siempre a los ojos del pueblo, siempre como un símbolo de poder, luego el castigo pasó a la esfera de lo privado, aprisionando los cuerpos fuera del ojo del prójimo pero siempre conservando intacto el relato de las aberraciones sufridas en la cárcel. Actualmente se construyó una nueva condena, la condena de la ignorancia. Todo lo que el pueblo podía y debía saber acerca de «la pena que nadie conoce» eran meras leyendas y mitos urbanos.

El sistema se sostuvo durante décadas en base de la inversión de los valores. Todo un nuevo orden sostenido en conceptos como «la pena que nadie conoce», «la información que nadie recibe», «el dolor que nadie siente». Un verdadero imán para personalidades narcisistas y extremas como la de Lunes, un individuo tan incapaz de vivir fuera del sistema como de convivir con el sistema. Lo llevé reiteradas veces a mis paseos en el territorio conurbano, fuera de los muros de los barrios privados. Pero no hubo caso. Para Lunes toda la peripecia se reducía a una experiencia antropológica, a unas vacaciones en la tierra de los salvajes. Comer un animal asado en un fuego encendido por obra de madera, gozar con una mujer consuetudinariamente sin que el Estado lo dispusiera, narrar historias de un pasado que parece ridículo y anacrónico para los que viven dentro de los muros pero que para los hombres-bestia es su propia historia, oralizada una y otra vez para no

perderse. La historia de una militancia que se parece al triunfo del populismo en otros países que se han convertido en potencia. Pero aquí no. Aquí, para salvarnos de las guerras de los países de Europa que históricamente manejaban los hilos del comercio y la cultura y que actualmente habían sido sometidos por estados menores que a nadie le importaban, nos encerraron en una región innominada, numerada. Los mandatarios se pusieron de acuerdo una vez y luego dejaron la región en manos de tecnócratas que automatizaron las funciones vitales. En cambio, los salvajes del conurbano profundo, mantenían la norma de vivir en una sociedad con valores antiguos. La historia, la política, la economía y la justicia continuaban siendo la piedra fundacional de sus actividades. Tenían filósofos contemporáneos con nombre y apellido que reflexionaban sobre la verdad, la cooperación, la necesidad de una solución colectiva, el pasado. Escrito en papel, en libros, con antiguas impresoras que largan chorros de tinta y estampan letras.

Un mundo sin RACK.

Lunes no podría vivir en ese mundo donde las relaciones son voluntarias y donde hay castigos acordes al crimen. Lunes viviría en las prisiones porque no sabe moverse en el territorio de la libertad y no sabe que existen los «límites de la buena conciencia», del deseo del prójimo, del bien común. Lunes está más allá de los reglas, por eso sólo puede respirar en un mundo donde las reglas las dicten otros y sean inquebrantables y existan castigos misteriosamente ominosos. La sociedad de los hombres-bestia se apoya en principios morales muy fuertes, arraigados en la buena conciencia, conciencia de la cual Lunes carece por completo. Por eso necesita ser el rey de una sociedad infame, para administrar su deseo y diseminar su propia conciencia enferma. La única manera de vencer al sistema es contagiarlo de algo malo.

Pero yo, yo... soy un ser antiguo. En ese mundo más allá de las fronteras, en los confines, en el paraíso de la autorregulación, tengo reservada una parcela de tierra cuando todo termine. Será mi paso intermedio antes de mudarme a la república populista con la cual más colaboré. Ellos me esperan, como esperan a las mentes científicas de cualquier país o región arrasada. Y es cuestión de tiempo. Porque lo que estamos buscando de la lista de experiencias comunes de la sociedad actual —entrecomilladas y misteriosas— es romper una, la única que puede comprobarse, la única que no aplica sobre el individuo sino sobre la masa, la única que nos abarca a todos, los de

adentro y los de afuera, la única de la que doy fe y la única que importa revertir. Hay que poseer definitivamente «el orden que nadie controla»

Hace varios años que los tecnócratas que llevaban las riendas del gobierno se mataron entre ellos. Algunos a sí mismos, otros literalmente entre ellos. Otros sencillamente se murieron. Algunos quizás escaparon. Nadie lo sabe con certeza. Fue un momento de caos. Yo estaba trabajando en el proyecto del servidor de individuos para almacenamiento de datos de implantología avanzada Schmidt para la pampa bávara Argentina y, como no podía dejar mi lugar de trabajo para no levantar sospechas, no conseguí averiguar gran cosa. Me consta que dejaron un edificio vacío, lleno de empleados que realizaban funciones mecánicas sin hacer preguntas. Lo importante es lo importante: el sueldo lo recibían religiosamente el mismo día del mes todo el año. Las vacaciones, licencias, todo. Todo informatizado. Entonces las muertes, suicidios y desapariciones de los ciudadanos ilustres del Gobierno, pasaron a segundo plano. Cosas que suceden entre personas poderosas con acceso a los mejores sicarios y medicamentos de avanzada. Una pastilla roja picada, un líquido en el vaso, una jeringa en la vena yugular y todos terminan actuando como familiares directos de los Borgia.

De todas formas, no importaba. Había —hay actualmente— un programa corriendo. Un programa que regula todas las funciones de la sociedad, como si la sociedad también fuese una máquina. Entonces el orden no lo controla nadie, porque las máquinas que corren los programas que mantienen en funcionamiento la sociedad y el Estado, son organismos digitales sin deseo. El deseo es lo que convierte a nadie en alguien. Somos las personas las que programamos el deseo. Una máquina que corre un programa que carece de pasión, voluntad, deseo o propósito subjetivo sólo puede construir una sociedad bajo esos parámetros. Una sociedad sin alma, sin voluntad, sin deseo, sin propósito. Eso somos. Un pueblo muerto.

Lunes era el epítome del deseo. Si alguien tenía que tomar el control de la máquina, si alguien podía imprimirle su deseo, Lunes era el «*Hominem ex Machina*» perfecto.

3

Lunes quedó atrapado en un cuarto con azulejos y luz azulada y metal iridiscente levemente azul. No sé por qué construyen las cosas según un cliché. Alguien, hace mucho, imaginó que esa cualidad azulada del blanco era el remedio para los locos o los malos o los criminales, que se sentirían amenazados por la luz de quirófano o carnicería y confesarían sus pecados para elevarse por sobre sus crímenes, puros, envueltos de una aureola... azulada, claro. Quizás lo único que tenga de desesperante esa habitación sea la música funcional a un volumen casi inaudible, como la vibración de un moscardón, y que los objetos estén adheridos a las superficies.

Yo lo veo, pero no puedo saber qué piensa, eso está más allá de mis cámaras que detectan cada movimiento, como a lo largo de los últimos años en que lo estuve observando obsesivamente, cada acto, cada vez que penetraba a una mujer, que se mordía los labios para no lastimarla, que le imprimía una palmada que despertaba un gesto indignado en alguna fulana que sabía que es ilegal sufrir e infringir dolor y luego Irma, llenos de deseo, nublados por las lágrimas y por el amor.

Sus llagas.

Su vulva.

El ojo de su culo, sangrante.

Su boca aprisionando la verga de mi hermano que bombeaba en su interior como si se tratase de su vagina, buscando la arcada.

Sus pezones lacerados y retorcidos, las marcas de las espinas alrededor de su cuello, los rastros de sangre, como los estigmas sangrantes de un cristo envilecido, emputecida, sumisa de toda sumisión.

Y mirarla.

Acercar el zoom y querer mirarla más.

E imaginar, por un instante, que era yo quien podía salvarla. Que si amaba a mi hermano bien podía amarme a mí. No porque fuese linda ni especial, sino porque su mirada de deseo era más intensa que cualquier otra mirada que hubiese visto en toda mi vida.

Amo a mi mujer y a mis dos hijos, no sé por qué tendría que aclararlo; quizás sea un sabor amargo que deja en la lengua la culpa por desearla, pero es que siempre se puede desear. O por querer que me ame. Pero es que todos queremos ser amados, más aún por una mujer así, que podría morir de amor y deseo.

Su vulva, su boca, su culo, sus llagas, la sangre, la mierda, los moretones, mi hermano haciéndola esclava, esclavizándole cuerpo, mente, alma. Mi hermano demostrando que nació para ser un líder, para cogerse al pueblo, para obligarlo a hacer lo que él quiera.

Una bestia.

Un animal.

Un salvaje perfectamente civilizado.

Ahora lo observo mirar la pared blanco-azulada. Queriendo mover un vaso metálico que está adherido a la mesa metálica, sin objetivo, para demostrar que todo allí está adherido a todo, que el criminal está adherido al sistema y que pronto irá a volverse un ser azulado y obsoleto, como el vaso del cual es imposible beber. Lunes, entonces, levanta la vista y clava los ojos en la cámara que tengo seleccionada, la cámara con la cual lo estoy observando, como si supiera que estoy ahí en ese momento. Y me mira. Y me da la orden, como es él, siempre teniendo el control, siempre pensando que no está obligado a hacer ninguna cosa, creyendo que las cosas están hechas para obedecerle como yo, ahora, que obedezco una mirada que podría ser casual, pero no, no puede ser casual, es Lunes diciendo que es el momento.

Apago todo. Todo el sistema.

Ahí afuera, la humanidad queda sin luz y pierde su perfección burocrática. Se morirán pacientes, ancianos y niños. No hay RACK donde encontrar respuestas y los cercos electrificados que separan los humanos de los hombres-bestia, han perdido su funcionalidad. De todas formas, ningún hombre-bestia querrá entrar a nuestra ciudad oscura e insensata. Porque la

verdadera barbarie está aquí dentro, ahora.

Lunes se pone de pie y abre la puerta. Yo me levanto. Miro las cabezas rotando de todos los empleados de la RACK que no están programados para entrar en pánico, sino que quedan en una especie de *loop* de desconcierto, como si las máquinas apagadas provocaran un cortocircuito silencioso en sus entrañas. Los miro y sé que tienen tres opciones: huyen, mueren u obedecen. Bah, eso no es ninguna novedad, son las tres opciones que siempre hemos tenido, a excepción de gente como Lunes, como Irma y, sobre todo, como yo, que tenemos la opción de elegir vivir y morir por nuestras herejías y rebeldías abyectas. Mi mujer y mis hijos ya saben lo que tienen que esperar y se encuentran en un rincón a salvo, con luz, agua y comida. También tienen papeles que les habilitan a atravesar las fronteras y crear una vida en el llano de la pampa que recibe a todos los hombres y mujeres que tienen un valor diferencial para el crecimiento de un país y no se conforman con volverse meros esclavos de un régimen que se devora a sus hijos y escupe sus huesos como tornillos.

Lunes sale, camina por el pasillo, seguramente. Sabe dónde tiene que ir porque le hice un mapa. Nos encontramos un cuarto de hora después. La ciudad está quieta porque nadie sabe qué hacer. Sólo lo más viejos salen a la calle, porque ellos recuerdan las épocas de los apagones, de los estallidos sociales, de las guerras civiles o militares, de los cacerolazos, de las inequidades que podían discutirse. Los ancianos salen a buscar una respuesta, los jóvenes se quedan esperando el reseteo, el reinicio del sistema (operativo, aunque no lo saben) que controla sus destinos. No hay respuesta para los unos ni para los otros. Al menos, no todavía. No hasta que Lunes rescate a Irma.

4

En el Hospital, la mitad de la gente está en estado de catatonia. Los que deberían moverse y resolver la situación, no lo hacen. No saben qué hacer cuando el sistema los deja huérfanos. Quietos, esperando las luces y las órdenes. Esclavos de una voluntad superior y mecánica que los obliga a actuar. ¿Cuándo el ser humano ha perdido la capacidad de discernir y actuar por sus propios medios? Esta generación se adaptó demasiado rápido a que la vida fuese tan solo una sucesión de mandatos, una lista de comandos a repetir día tras día. Es fácil disponer de un pueblo así, por eso Lunes y yo tomamos la iniciativa. Jamás nos atreveríamos a reinar sobre los hombres-bestia porque aquellos discuten, pelean, tienen voz y voto sobre cuestiones minúsculas y superiores también. Ellos sacarían adelante un hospital entero y un país completo sin recursos tecnológicos. Saben hacer fuego con dos palitos, como los primeros hombres pensantes. Ellos son los primeros hombres pensantes de una región que necesita ser aniquilada y empezar de cero.

Aquí los pacientes se quejan, algunos con el pecho, el estómago, la cabeza abierta, en medio de una cirugía que nadie terminará. Pacientes con la pulpa afuera, corazones bombeando con la mirada vuelta al techo, bisturíes que cortaron arterias que pintan las paredes durante el apagón. La anestesia por goteo eléctrico va perdiendo efecto y el dolor llega y no pregunta a quién doler. El dolor duele y eso es todo. Y los gemidos se transforman en gritos cuando el paciente es consciente de que está a merced del dolor prohibido. Cuando piensa que alguien les aplicará «la pena que nadie conoce» por haber transgredido la norma. Y entonces «el dolor que nadie siente» se transforma en la única regla dentro del hospital. Ahora se ha vuelto «el dolor de casi todos», pues pacientes superan en número a personal. En cambio, la mano de obra útil, los «productores productores»: enfermeros, cirujanos, obstetras, permanecen

todos quietos, congelados en la oscuridad de los sentidos. Bebés que nacen con dolor y duelen, por primera vez en cuarenta años de historia. Bebés que mueren derramándose de su madre al suelo sin que nadie los toque. Bebés estrangulados por contracciones de vaginas crispadas ante un dolor incomprensible. El miedo tiene nombre y apellido por primera vez. Hay restos de vida latiendo en el suelo frío. Minúsculas gargantas aprendiendo a gritar por primera vez. Pero también hay botas blancas y cráneos aplastados como una cáscara vacía.

Zombis en la oscuridad de algunas alas herméticas del Hospital, zonas que quedaron lejos de las ventanas por las cuales, al menos, entra el sol tenue del atardecer. Zombis en la oscuridad tanteando y buscando quién los guíe. Entre ellos, Lunes y yo pateando viejos y mujeres, llamando a Irma por su nombre, escuchando la respuesta. La encuentro en un ala oscura y cae en mis brazos, temblando, confundiéndome en la oscuridad con Lunes.

Le acaricio el cabello y le regalo un «Shh, shh» para calmarla. Sé que lo que la asusta no es el dolor sino la inconsciencia, el volver a estar en la cama a disposición de los médicos que la obligan a no sentir nada, a morir un poco. Siento su cuerpo frío entre los brazos. Las curvas a través de la tela fina del camisolín. Sus pezones clavándose en mi pecho. El camisolín abierto en la espalda y sus nalgas amoratadas que logro vislumbrar por sobre su hombro. No es tan bella como se veía a través de las cámaras de la casa de Lunes. Es más bien pequeña pero curvilínea, aunque yo sé que antes de Lunes pesaba quince kilos más y el deseo la fue consumiendo. La cara cubierta de lágrimas y mocos. La besaría, le hundiría la lengua en la garganta, comprobaría a qué sabe.

—Soy Enero —le digo después de olerla. Huele a guante de látex y a orina vieja — ¿te duele?

Ella asiente con la cabeza y sé que está feliz. Se me ocurren diez maneras de hacerla más feliz. Sé que podría aprender a lastimarla y amarla en igual medida. No sé por qué la quiero poseer. Siempre pude controlar el deseo y sus desviaciones. Fui obediente y me casé con una mujer buena y bella con la cual tengo un buen sexo standard.

Lunes llega enseguida y me la quita de encima. Detecto una leve intención de abrazarla, neutralizada por todas las alarmas de su mente que le impiden ser afectuoso, que lo condicionan a ser el alfa violento imposibilitado de

demostrar cariño. No importa, Irma lo mira con ojos de beata, aún en el maltrato. Quisiera emitir una queja pero no debo, no puedo ni me sale. Mi esposa me espera, mis hijos me esperan. No voy a pelear con mi hermano por el cuidado de una mujer enferma de cuerpo y mente. Nuestro propósito es mayor y está en marcha desde el mismo momento en que dimos fin a la agonía del dios de la máquina, el dios que hacía que todo funcionase sin deseo y sin objetivo.

Afuera anochece. Por el ventanal del piso más alto del Hospital se observa la ciudad sin luces. La ciudad que no tendrá luces hasta que lo determinemos. Una ciudad donde no funcionan los automóviles, donde la gente queda paralizada en sus hogares, esperando que algo o alguien dé una orden. Más allá de los muros se ve el fuego. Para los hombres-bestia no ha pasado nada. Ellos pueden vivir sus vidas más allá del sistema, a pesar de él y sin él. Simplemente deben protegerse de los de adentro. Los que los despreciaban, pronto comprenderán cuánto los necesitan. Pero los hombres-bestia lo saben y están listos.

Si la felicidad existe, debe ser eso.

5

Lunes siempre se mostró fascinado por las antigüedades del Museo de la WEB que queda dentro de las oficinas centrales de la RACK. De allí saqué las gafas de visión nocturna que nos mantuvieron alejados de los viejos zombis que se atrevían a deambular en la oscuridad por esa costumbre ancestral de salir a la vereda a ver qué sucede con sus vecinos. Una costumbre lúdica que ni siquiera el régimen pudo evitar.

El Museo de la WEB estaba lleno de curiosidades y Lunes podía pasarse horas recorriéndolo, imaginando a la gente usando algunos artefactos que quedaron obsoletos, como las grandes computadoras de escritorio, las linternas, las cocinas, algunos libros, las bicicletas, los cables de alimentación biológica. Allí fuimos a buscar precisamente esos últimos, parte fundamental de nuestro plan.

Atravesamos el Museo y escuchamos a lo lejos las primeras señales de la barbarie. De alguna manera sabíamos que eso era lo que iba a suceder, que los blancos iban a ir por los pardos, que la cerca electrificada, en realidad, los protegía a ellos de nuestra vileza. Eran los habitantes de las ciudades los que buscaban salvarse abusando de los hombres-bestia, de sus métodos arcaicos, de las artesanías que los mantenían al margen de la tecnología, sus inventos, sus animales, sus historias. Pero también su poder de fuego, su manía de estudiar, comprender y entrenar las guerras. El conocimiento de que alguna vez esto podía suceder fue, quizás, conocimiento filtrado por alguien, por algún hombre que pronto tomaría identidad de hombre-bestia; pero primero tenía otra misión.

Con los disparos de fondo y los gritos de miedo, tomamos el carro con los cables de alimentación biológica y nos trasladamos a la oficina de al lado, el espacio *ad hoc* que Lunes me indicó según sus gustos, sus obsesiones y la

aparición del tercer punto que cambió la composición geométrica de nuestros objetivos. Allí estábamos, entonces, preparados para conectarnos.

Debo reconocer que el médico personal de Lunes hizo un trabajo impecable. Los puertos estaban perfectamente conectados y cicatrizados, exactamente en los sitios en que le indiqué, siguiendo a la perfección las instrucciones del mapa biológico enviado hace tanto tiempo. Yo lo seguí por las cámaras y por las consultas encriptadas que lanzaba a la RACK algunas veces, pero debo reconocer que temí este momento en que mi hermano y su mujer se desnudasen y me mostraran sus puertos de conexión periférica, los dientes de sus interfaces clavados en la piel, la carne, la pulpa.

Era el momento de terminar el trabajo, de conectar el ordenador maestro a la mente y organismo de Lunes, a la figura y comprensión de Irma. Así me lo pidieron, así debía hacerse.

Todo el poder para el uno.

Todo el dolor para la otra.

Lunes sería la máquina pensante, la computadora manejada por el deseo. El todopoderoso dios de las máquinas y de las gentes. Lunes moldearía la sociedad a la medida de su voluntad. Voluntad enferma, homicida, sádica. Justamente todo aquello que merece la gente que eligió depositar su confianza en los gobernantes que los abandonaron, que les prometieron un modelo de prosperidad y progreso que nunca lograrían darles. Aquí tienen lo que merecen. Quienes se quedaron voluntariamente en esta región muerta, recibirán su premio. La falta de voluntad y talento para prosperar como sociedad no puede quedar impune. Allá afuera, más allá del enemigo, están las verdaderas sociedades del futuro, que depositan su crecimiento en la sabiduría de su pueblo y les brindan todo. Esta región ignorante y superficial está llegando a su fin. Su futuro queda conectado a una mente siniestra que los dejará en alguna clase de bucle perverso. Todo para ustedes. Crearon el dios a vuestra imagen y semejanza, dios de barro, dios de mierda, así lo pidieron silenciosamente durante décadas. Lo reclamaron, sin saber, en la sangre de gobernantes que los dejaron huérfanos y al cuidado de una inteligencia artificial sin propósito. Acá tienen un propósito. El propósito es que sean los títeres de las pulsiones sádicas de mi hermano y el dolor se canalice a través

del cuerpo de su amante. Irma recibirá sus descargas, sus gritos, sus llagas. Los hospitales y los paliativos no volverán a existir. Todo aquello está programado para extinguirse. Programado por mí.

No soy el dios, soy el creador.

No soy la criatura, soy el cirujano que unió las piezas.

No soy la obra sino el escribiente.

Soy quien clausuró sus hospitales y no volverá la luz a sus dominios, nadie sabrá qué hacer con sus instrumentos.

Sólo Lunes tendrá acceso a sus rutinas y las usará a discreción.

Irma vivirá en el éxtasis continuo de sus flagelos, como si cada uno de ustedes se la cogiera por todos sus orificios a la vez. Como una gigantesca orgía donde sólo ella goza.

El pueblo, en definitiva, no era más que una verga colectiva para violar al más débil y ahora es una verga obligada a embestir eternamente, erecta hasta el dolor.

Porque así lo dispuso Lunes, porque así lo acepté yo, porque así lo quiere Irma. La energía de los orgasmos de su mujer es la que retroalimentará las terminaciones nerviosas bio-industriales de mi hermano. Ellos también quedarán atrapados en un bucle, pero voluntario y esperado.

Bienvenidos al gobierno del dolor.

Apenas apriete ese botón, todo comenzará y no podrá detenerse.

Yo tengo mi sitio del otro lado. Me esperan en la pampa bávara.

Lunes mira a Irma como la primera vez que comprendió que estaban unidos por algo diferente, en la primera torsión de muñecas, en *elsquirt* que la obligó a lamer de su zapato. La mira como cuando se reconocieron iguales, cómplices y condenados. La mira a los ojos y yo presiono el botón. Ellos se conectan en un orgasmo que ilumina la ciudad entera y vuelve a electrificar los cercos que separa los bestia-hombres de adentro con los hombres-bestia del otro lado.

Todavía nadie sabe qué hacer allá afuera. Vagan como almas en pena. Mueren bebés y ancianos. Nadie se quita la vida porque desconocen que la vida les pertenece a ellos y no a la máquina que fue apagada.

Bueno, la vida les perteneció durante una hora, en este momento ya no.

Su vida, su dolor, su muerte, le pertenece a Lunes.
Él es «la pena que nadie conoce».